


BIBLIOTECA NAZ.
Vittorio Emanuele III
XXI
A
76
NAPOLI

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION CORREGIDA CON ESPECIAL ESTUDIO DE LA PRIMERA,

POR D. J. E. HARTZENBUSCH.

TOMO CUARTO.



ARGAMASILLA DE ALBA,

IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,

(casa que fué prision de Cervantes).

1863

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes, vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera.

Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: «Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.»

Aquí dijo Sancho: «Yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.»

Y el salvaje prosiguió diciendo: «Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno; que, si no fuere de su espada,

de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta el caballo; que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero, porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.»

Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido.

La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: «Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas; el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje.

— Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas, rasas y mondas.

— Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros; que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos! Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caba-

llo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras; que bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.»

A lo que el Duque dijo: «Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabeis, y sé yo, que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es, que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié, hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho; que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

— No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas

cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme á Dios, y avísenme si, cuando vamos por esas altanerías, podré encomendarme á nuestro Señor ó invocar los ángeles, que me favorezcan.»

Á lo que respondió la Trifaldi: «Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes; que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

— Ea, pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

— Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que, con licencia destos señores, os quiero hablar aparte dos palabras»; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos, le dijo: «Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así, querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos; que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

— ¡Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado! Esto es como aquello que dicen: «empreñada me ves, y ¡doncellez me demandas!»

Ahora, que tengo de ir sentado en una tabla rasa, ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas! En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razon. Vamos ahora á rapar estas dueñas; que á la vuelta; yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente... y no le digo más.»

Y Don Quijote respondió: «Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

— No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera demezcla, cumpliera mi palabra.»

Y con esto, se volvieron á subir en Clavileño, y al subir, dijo Don Quijote: «Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor, dijo Sancho; que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero; que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

— Así es la verdad», replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo: «Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello

del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

— No hay para qué, dijo la Dolorida; que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor : vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y ¡á mi daño, si alguno le sucediere!»

Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía; y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tejida, en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que, si fuese posible, le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo más parecian de mármol que de leño.

Á esto dijo la Trifaldi que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño; que lo que podia hacer era, ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo *á Dios*, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados, se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin

tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.

Á lo que dijo Don Quijote: «Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias! ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias! Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo ménos en presencia mia.

—Tápenme, respondió Sancho; y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos, que den con nosotros en Peralvillo!»

Cubriéronle, y sintiendo Don Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: «¡Dios te guie, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas; mira no cayas; que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre.»

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñéndole con los brazos, le dijo : «Señor, ¿cómo dicen éstos, que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano : no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que, en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad, respondió Sancho; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando»; y así era ello, que con unos grandes fuelles le estaban haciendo aire : tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote, dijo: «Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego; y no sé yo cómo templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos.»

En esto, con unas estopas, ligeras de encender-

se y apagarse, pendientes de una caña, les calentaban desde léjos los rostros.

Sancho, que sintió el calor, dijo: «Que me maten, si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire, le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla, por más que se remonte; y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, créeme, que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es, respondió Sancho Panza; sólo sé decir que si la señora Magallánes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes.»

Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recebian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió ántes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas y la Trifaldi y todo, y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos; y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mesmo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El inclito caballero Don Quijote de la Mancha »feneció y acabó la aventura de la Condesa Tri»faldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolo»rida y compañía, con sólo intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho á »toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya »quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y »Antonomasia en su prístino estado; y cuando se »cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma »se verá libre de los pestíferos jirifaltes que la per»siguen, y en brazos de su querido arrullador; que

» así está ordenado por el sabio Merlin, protoen-
» cantador de los encantadores. »

Habiendo, pues, Don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa áun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo: «Ea, gran señor, buen ánimo, buen ánimo; que todo es nada; la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto.»

El Duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que fácilmente podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas, con la Trifaldi, habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje.

Á lo cual Sancho respondió: «Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices, aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas; porque se vea ¡cuán altos debíamos de ir entónces!»

Á esto dijo la Duquesa: «Sancho amigo, mirad lo que decis; que, á lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre sólo habia de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda.

—Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio,

y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas. Y sucedió que íbamos por la parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente, me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenia el señor Don Quijote?»

Á lo que Don Quijote respondió: «Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice; de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y áun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer; pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño, respondió Sancho; si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.

—Dígalas, pues, Sancho, dijo la Duquesa.

— Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

— Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores... digo, cabras de tales colores.

— Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.

— Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron?

— No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.»

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, éste fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo: «Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesínos, y no os digo más.»

CAPÍTULO XLII.

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza ántes que fuése á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante,

viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo.

Sancho se le humilló y le dijo: «Despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que, á mi parecer, no habia más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña; que á sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde, si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto

no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador (que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero que sereis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana, en ese mesmo dia, habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.

—Vístanme, dijo Sancho, como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

—Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido, parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras, respondió Sancho, pocas tengo, por-

que áun no sé el A, B, C; pero bástame tener á *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.

— Con tan buena memoria, replicó el Duque, no podrá Sancho errar en nada.»

En esto llegó Don Quijote; y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque, le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia, con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo: «Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que, ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto

digo ¡oh Sancho! para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazon á creer lo que te he dicho, está ¡oh hijo! atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso, donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

»Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

»Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho; pero fué cuando muchacho; porque despues, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme á mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los li-

bre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

»Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

»Mira, Sancho: si tomas por mira á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; ántes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

»Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

»Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y

á tu *no quiero*, de capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

»Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

»Hallen en tí más compasion las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

»Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

»No te ciegue la pasion propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y áun de tu hacienda.

»Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu

razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

»Al culpado que cayere debajo de tu juridicion, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, á nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.

»Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible: casarás tus hijos como quisieres; títulos tendrán ellos y tus nietos; vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto, que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.»

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza.

¿Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda

dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento; de manera que á cada paso desacréditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esto de los primeros y segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y cordura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote y dijo: «En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excedente y añadidura, que se dejan de cortar, fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

»Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás

pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería; anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo; que toda afectacion es mala.

»Come poco, y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

»Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo», dijo Sancho.

Y Don Quijote le dijo: «Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones; y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote.

—Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

—Tambien, Sancho... no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso, Dios lo puede remediar, respondió Sancho; porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; por eso la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo; que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! dijo Don Quijote; encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va á la mano: castígame mi madre, y yo trómpogelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baja.

»Cuando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas, y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el Rucio; que el andar á caballo, á unos hace caballeros, á otros caballerías.

»Sea moderado tu sueño; que el que no madru-

ga con el sol, no goza del dia; y advierte ¡oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura; la pereza, su contraria, jamas llegó al término que pide un buen deseo.

»Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria; que creo no te será de ménos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamas te pongas á disputar de linajes, á lo ménos comparándolos entre sí; pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres, serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; gregüescos, ni por pienso; que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

»Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y segun las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

— Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos... no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño; y así, será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor, para

que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

—¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote, y ¡qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo; y así, querria que aprendieses á firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar, aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decian mi nombre. Cuanto más, que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere. Cuanto más, que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde... llegaos, que la dejan ver. No, sino popen y calóñenme; que vendrán por lana y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la caza le sale; y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, y siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceos miel, y paparos han moscas. Tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon Don Quijote. Sesenta mil Satanases te lleven á tí y á tus refranes: una hora há que los estás

ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime: ¿dónde los hallas, ignorante! ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿Á qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda? que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes. Y ahora se me ofrecen tres, que venian aquí pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote; porque, no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso, querria saber qué tres refranes te ocurrian ahora á la memoria, que venian aquí á propósito; que yo ando recorriendo la mia (que la tengo buena), y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores, dijo Sancho, que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares»; y «á idos de mi casa, y ¿qué quereis con mi mujer? no hay responder»; y «si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», todos los cuales vienen á pelo? Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y á lo que

dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y ¿qué quereis con mi mujer? Pues lo de la piedra en el cántaro, un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él : « espantóse la muerta de la degollada » ; y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

— Eso no, Sancho, respondió Don Quijote ; que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio : y dejemos esto aquí, Sancho ; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza ; mas consuélame que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible ; con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa. Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

— Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto ; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo ; y así me sustentaré, Sancho á secas, con pan y cebolla, como, gobernador, con perdices y capones ; y más, que miéntras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos ; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced

me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.

— Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas. Buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer; que creo que ya estos señores nos aguardan.»

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

Dicen que lo que en el propio original desta historia se lee, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no lo tradujo su intérprete como él lo habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como ésta de Don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma, á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en

el de su autor; y que, por huir deste inconveniente, habia usado en la primera Parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitan cautivo,* que están como separadas de la historia; puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así, en esta segunda Parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y áun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo que en acabando de comer Don Quijote, el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apénas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así, llevando

adelante sus burlas, á la otra tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento, al lugar que para él habia de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso (que no puede haber gracia donde no hay discrecion), el cual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi; y volviéndose á su señor, le dijo: «Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida.»

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho: «No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir); que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida; que á serlo, implicaria contradicion muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz

de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubro otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.»

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas, leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la jineta; y detras dél, por órden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de Don Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase, pues, que apénas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera.

Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste; que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfacion de su deseo.

«Verdad es, señora mia, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi apesento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

—En verdad, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así; que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores.

—Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me punzen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor Don Quijote, replicó la Duquesa; por mí digo que daré órden que ni áun una mosca éntre en su estancia, no que una

doncella. No soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote; que, segun se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere; que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero; y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza, nuestro gobernador, un vivo deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.»

Á lo cual dijo Don Quijote: «Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar; venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto, que no haya causado algun molimiento.

—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia

que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

—Á eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que más le traia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño; que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha.»

De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa; y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo,

dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte *dádiva santa desagradecida*. Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviésedes»; y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidro? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?» (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos). Y prosiguió: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!»

Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que

pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas... hacia calor, y no podia dormir. Levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin. Púsose á escuchar atentamente... levantaron la voz los de abajo tanto, que pudo oir estas razones:

« No me porfies ; oh Emerencia ! que cante ; pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar ; cuanto más, que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí, por todo el tesoro del mundo. Y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto, si duerme y no despierta para oirle, este nuevo Enéas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida.

— No dés en eso, Altisidora amiga, respondieron ; que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma ; porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto : canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al són de tu arpa ; y cuando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto ¡oh Emerencia! respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana. Pero venga lo que viniere; que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazon»; y en esto sintióse tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual, quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música; y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

¡Oh tú, que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;
Caballero el más valiente
Que ha producido la Mancha,
Más honesto y más bendito
Que el oro fino de Arabia!

Oye á una triste doncella,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
Y ajenas desdichas hallas;
Das las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.
Dime, valeroso jóven,
Que Dios prospere tus ánsias,
Si te criaste en la Libia
Ó en las montañas de Jaca;
Si sierpes te dieron leche;
Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
Á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
Desde Henares á Jarama,
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las más gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas.
¡Oh quién se viera en tus brazos,
Ó si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada;
Los piés quisiera traerte;
Que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
Qué de escarpines de plata,
Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que, á no tener compañeras,
Las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
Mi edad de quince no pasa;
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
Ni tengo nada de manca;
Los cabellos como el oro,
Que, en piè, por el suelo arrastran,
Y aunque es mi boca aguileña
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
Que á la que es más dulce iguala,
Y soy de disposicion
Algo ménos que mediana.
Éstas y otras gracias mias
Son despojos de tu aljaba;
Desta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó á ser mayor el asombro del requerido Don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Qué la quereis, reinas? ¿Á qué la perseguis, emperatrices? ¿Para qué la acosais, doncellas de catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma. Mirad, ca-

terva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal; para ella sòy miel, y para vosotras acibar. Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra»; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡Oh perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música; tú, que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones! Á tí digo ¡oh Sol! con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; á tí digo que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos

en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza; que sin tí, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la *Insula Barataria*, ó ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, ó ya por el *barato* con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios; y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpétuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenian admirada á toda la gente que el busílis del cuento no sabia, y áun á todos los que lo sabian, que eran muchos.

Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: «Es costumbre antigua, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así, ó se alegra ó se entristece con su venida.»

En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras

que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como él no sabia leer, preguntó qué qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban.

Fuéle respondido: «Señor, allí está escrito y notado el dia en que vuestra señoría tomó posesion desta ínsula, y dice el epitafio: «Hoy, dia tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesion desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce.»

—Y ¿á quién llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho.

—Á vuestra señoría, respondió el mayordomo; que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadidura de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias, yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar, como los mosquitos. Pase adelante con su pleito el señor mayordomo; que yo sentenciaré lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo.»

Á este instante entraron en el juzgado dos hombres ancianos: el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: «Señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese. Pasá-

ronse muchos dias sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenia cuando yo se los presté; pero, por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo?» dijo Sancho.

Á lo que dijo el viejo: «Yo, señor, confieso que me los prestó (y baje vuesa merced esa vara), y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré cómo se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.»

Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que, por no caer en ello, se los volvia á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran Gobernador, preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su contrario; y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sóbre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: «Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

— De muy buena gana, respondió el viejo. Héle aquí, señor»; y púsosele en la mano.

Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: «Andad con Dios; que ya vais pagado.

— ¡Yo, señor! respondió el viejo: pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

— Sí, dijo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino»; y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon.

Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió que, de haberle visto dar, al viejo que juraba, á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que el otro

pedia; de donde se podia colegir que á los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más, que él habia oido contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo: «¡Justicia, señor Gobernador, justicia! y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que tenia guardado más de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros; y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.

— Aun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galan», dijo Sancho; y volviéndose al hombre, le dijo ¿qué decia y respondia á la querella de aquella mujer?

El cual, todo turbado, respondió: «Señores, yo

soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar, de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos... que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian. Volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo soficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto. Dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago ó pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar meaja.»

Entónces el Gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacáse, y se la entregase, así como estaba, á la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, contenta se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos... aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero (que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa): «Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella»; y no lo dijo ni á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba.

Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito; y de allí á poco volvíe-

ron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera: ella, la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, segun la mujer la defendia, la cual daba voces, diciendo: «¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, señor Gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

—Y ¿háosla quitado? preguntó el Gobernador.

—¿Cómo quitar! respondió la mujer; ántes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! Otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso. Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni áun garras de leones; ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes.

—Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela»; y dejóla.

Entónces el Gobernador dijo á la mujer: «Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.» Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: «Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades (y áun la mitad ménos) para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes; andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora.»

Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta; y el Gobernador dijo al hombre: «Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero; y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.» El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése; y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano; y el sastre dijo: «Señor Gobernador, yo y este honrado labrador venimos ante vuesa merced, en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer (que yo, con perdon de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza?» Yo, tanteando el paño, le respondí que sí. Él debióse de imaginar, á lo que yo imaginé, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas. Yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño.

«¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho.

—Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale

vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana», respondió el sastre; y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperucicas, puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: «Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide; y en Dios y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio.»

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito.

Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: «Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon; y así, yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más.»

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, ésta les provocó á risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el Gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando. Y quédese aquí el buen Sancho; que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que se le soltaron de sus medias; pero, como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana; lo cual, visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso, se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería, estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella, su amiga; y así como Altisidora vió á Don Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho.

Don Quijote, que lo vió, llegándose á ellas, dijo: « Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué, respondió la amiga; porque

Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: ¡que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos! Váyase vuesa merced, señor Don Quijote; que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.»

Á lo que respondió Don Quijote: «Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella; que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados»; y con esto, se fué, porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: «Menester será que se le ponga el laud; que sin duda Don Quijote quiere darnos música; y no será mala, siendo suya.»

Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laud que pedia Don Quijote; y ella, alegre sobre modo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa; y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote. Llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor que supo, escupió y romondóse el pecho, y luego con una voz ronqui-

lla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ánsias.
Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas...
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
Y los que en la Corte andan,
Requiébranse con las libres,
Con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.
El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágines no deja
Bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura,
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
Es la parte más preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y hasta el cielo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisi-

dora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores, atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó; y temeroso Don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pié, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: «¡Afuera, malignos encantadores! ¡afuera, canalla hechiceresca; que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!»; y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con

mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, entraron con luces y vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Viendo la desigual pelea, acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces : « No me le quite nadie ; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador ; que yo le daré á entender, de mí á él, quién es Don Quijote de la Mancha ». Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñia y apretaba. Mas, en fin, el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja : quedó Don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador.

Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora, con sus blanquísimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido ; y al ponérselas, con voz baja le dijo : « Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y ¡plega á Dios que se le olvide á Sancho, tu escudero, el azotarse, porque nunca salga de su encanto esa tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro! »

Á todo esto no respondió Don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron

sosegar y se fueron, pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó ocho dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura, más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuénta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia estudiante, echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacia el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta adelante; pero apénas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho;

pero ántes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un páje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se hábia de comer aquella comida como juego de Maesecoral.

A lo cual respondió el de la vara : « No se ha de comer, señor Gobernador, sino cómo es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

— Desa manera, aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algun daño. »

Á lo que el médico respondió : « Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.

— Pues ¿por qué? » dijo Sancho.

Y el médico respondió : « Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un

aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.* Quiere decir: « toda hartaza es mala; pero la de las perdices, malísima.»

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho, y cuál ménos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque, por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, ántes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el médico; y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, áun se pudiera probar; pero no hay para qué.»

Y Sancho dijo: « Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida; y por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico; vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas, para los canónigos ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando

la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion.»

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado.

Á lo que él respondió: «Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.»

Á lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: «Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula! á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia; que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la

república; y denme de comer, ó si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.»

Alborotóse el doctor, viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: «Correo viene del Duque, mi señor: algun despacho debe de traer de importancia.»

Entró el correo, sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: *A don Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: «¿Quién es aquí mi secretario?»

Y uno de los que presentes estaban respondió: «Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno.

— Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice.»

Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala; y los demas y el médico se fuéron, y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

«Á mi noticia ha llegado, señor don Sancho »Panza, que unos enemigos mios y desa ínsula la »han de dar un asalto furioso, no sé qué noche: »conviene velar y estar alerta, porque no le to-

»men desapercibido. Sé tambien, por espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, á veinte y seis de Julio, á las cuatro de la mañana.

»Vuestro amigo,

»*El Duque.*»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo: «Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio; porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.

—Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas; y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo.

—No lo niego, respondió Sancho; y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas; que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, secretario, responded al Du-

que, mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza; que en ello recibiré mucha merced; y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podeis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento; y denme á mí de comer; y álcense estos manteles, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.»

En esto entró un paje y dijo: «Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es éste, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, ¿no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará, segun se me trasluce), que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que éntre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio.

—No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer, dijo el mayordomo; que aquí estamos todos.

—¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora, que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuesa señoría, satisfecho y pagado, dijo el maestresala.

—Dios lo haga», respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma.

Lo primero que dijo fué: «¿Quién es aquí el señor Gobernador?

—¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, á su presencia», dijo el labrador; y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela.

Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese.

Hízolo así el labrador, y luego dijo: «Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos! dijo Sancho; decid, hermano; que lo que yo os sé decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy léjos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador,

que yo, por la misericordia de Dios, soy casado, en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo.

—No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador.

—¡Medrados estamos! replicó Sancho. Adelante, hermano; que es hora de dormir, más que de negociar.

—Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo... y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque, si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus aman-

tes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto, parece bien por extremo, porque tiene la boca grande; y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero, como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado... y perdóneme el señor Gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que, al fin, al fin, ha de ser mi hija; que la quiero bien, no me parece mal.

— Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho; que yo me voy recreando en la pintura; y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

— Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca; y con todo eso, se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

— Está bien, dijo Sancho; y haced cuenta, her-

mano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza; porque, para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que, tres ó cuatro veces, no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito.

—¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.

—Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo. Pero vaya; que en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller... digo, para ayuda de poner su casa (porque en fin han de vivir por sí), sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.

—Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza.

—Nó por cierto », respondió el labrador; y apénas dijo esto, cuando levantándose en pié el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y

dijo: «¡Voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio! y ¡á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? Y ¿dónde los tengo yo, hediondo? Y ¿por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? Y ¿qué se me da á mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo; si no, por vida del Duque, mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado: áun no há medio dia que tengo el gobierno, y ¡ya quieres que tenga seiscientos ducados!»

Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el Gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote; que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y melancólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato, desdichas anejas á la andante caballería. Ocho dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento; y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. «No (dijo, creyendo á su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oida); no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesínos donde ellos quisieren; que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.»

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes

vendados: el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen; en el cual traje parecia la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra, porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos: venia pisando quedito, y movia los piés blandamente.

Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision; y cuando llegó á la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque así como le vió, tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: «¡Jesus! ¿qué es lo que veo!» y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo, tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida.

Don Quijote, temeroso, comenzó á decir: «Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí

quieres. Si eres alma en pena, dímelo; que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo; que para esto tomé la Órden de la caballería andante, que profeso, cuyo ejercicio áun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende.»

La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: «Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote), yo no soy fantasma ni vision ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

— Dígame, señora doña Rodriguez, dijo Don Quijote; por ventura ¿viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que me mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo mensaje.

— ¡Yo recado de nadie, señor mio! respondió la dueña; mal me conoce vuesa merced. Sí, que áun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías. Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usur-

pado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco; saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo»; y sin esperar respuesta, se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo, esperándola. Pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecióle ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: «¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma que aguileña; y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertarán mis deseos, que duermen, y harán que, al cabo de mis años, venga á caer donde nunca he tropezado? Y, en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna, pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. Por ventura ¿hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? Por ventura ¿hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo. ¡Oh cuán bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto, con sus antojos y almohadillas, al cabo de su estrado, co-

mo que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estátuas como las dueñas verdaderas!»

Y diciendo esto, se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca; y cuando ella vió á Don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos, dijo: «¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

—Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote; y así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién ó á quién pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña.

—A vos y de vos la pido, replicó Don Quijote; porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y áun un poco más, segun imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano; que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas»; y diciendo esto, besó su derecha mano y la asió de la suya, que ella le dió con la mesma ceremonia. (Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que, por Mahoma, que diera, por ver ir á los dos así, asidos y trabados, desde la

puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenia.) Entróse, en fin, Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni soltando la vela.

Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote, diciendo: «Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas; que será de mí escuchada con castos oidos y socorrida con piadosas obras.

—Así lo creo yo, respondió la dueña; que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña, aniquilada y asendereada, soy natural de las Astúrias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron ántes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la córte de Madrid, donde, por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á

pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos.

»Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suelen dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya entrado en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era montañes. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cual, por excusar dimes y dirétes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia; no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto encuentro que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara»; y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: «Perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote; que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas.

»¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos. Esto, á lo ménos, no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella

un alcalde de Corte, con dos alguaciles delante; y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: «¿Qué haceis, desventurado! ¿no veis que voy aquí! » El Alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y díjole: «Seguid, señor, vuestro camino; que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda», que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al Alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon, del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara... digo, la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles; y por esto, y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió; de cuyo pesar, sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte.

»Quedé yo viuda y desamparada, y con mi hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque, mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Ara-

gon, y á mi hija ni más ni ménos, adonde, yendo dias y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno más á ménos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque, mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque, mi señor, lo sabe (porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija), hace orejas de mercader y apénas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo.

»Querria, pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues, segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables. Y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene; que, en Dios y en mi conciencia, que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay

ninguna que llegue á la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presuncion que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida; además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y áun mi señora la Duquesa... Quiero callar; que se suele decir que las paredes tienen oidos.

—¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó Don Quijote.

—Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta, con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa? ¿aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y áun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer, primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.

—¡Santa María! dijo Don Quijote; y ¿es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos! No lo creyera, si me lo dijeran frailes descalzos;



pero, pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.»

Apénas acabó Don Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento; y, del sobresalto del golpe, se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela, le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque Don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y áun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña, la cual no osaba quejarse, los callados verdugos acudieron á Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas; y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra á Don Quijote; el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos, deseoso de saber quién habia sido el perverso encan-

tador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

Dejamos al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rústico; y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio (que como se acabó el secreto de la carta del Duque, habia vuelto á entrar en la sala): «Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y áun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures; espera sazon y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir; que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que

muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida; que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea... digo á la de los malos médicos; que los buenos palmas y lauros merecen.»

Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavía le llegó el por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias.

Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: «Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios; el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es, traerme estas que llaman ollas podridas (que miéntras más podridas son, mejor huelen), y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él

quisiere, como sea de comer; que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos. Vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece, para todos amanece: yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion, han de ver maravillas. No, sino haceos miel, y comeros han moscas.

—Por cierto, señor Gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha usado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.

—Yo lo creo, respondió Sancho; y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi Rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora, vamos á rondar; que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las cólmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á

los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza?

—Dice tanto vuesa merced, señor Gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced (que, á lo que creo, no tiene ninguna) diga tales y tantas cosas, llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada dia se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.»

Aquella noche, ya cenado el Gobernador con licencia del señor doctor Recio, aderezáronse de ronda, y salió Sancho con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podian formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia más que ver; y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas. Acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: «¡Aquí de Dios y del Rey! ¡Cómo! y ¿que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles!

—Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia; que yo soy el gobernador.»

El otro contrario dijo: «Señor Gobernador, yo

la diré con toda brevedad. Vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontero, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, júzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo, por lo ménos, de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es más ladron que Caco y más fullero que Andradilla, no queria darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor Gobernador, ¡qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero á fe, que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia; y que habia de saber con cuántas entraba la romana.

—¿Qué decis vos á esto? preguntó Sancho.»

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia; y no habia querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas véces; y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era

hombre de bien, y no ladron, como decía, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

«Así es, dijo el mayordomo: vea vuesa merced, señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho. Vos, ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo ménos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique; que le asentaré la mano.»

Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquél se fué á su casa, y el Gobernador quedó diciendo: «Ahora, yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego; que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

—Esta, á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es, sin comparacion, lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus

tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo.

—Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso.»

Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: «Señor Gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas.

—¿Por qué huias, hombre?» preguntó Sancho.

Á lo que el mozo respondió: «Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—Y ¿qué tejes?

—Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced.

—¿Graciosico me sois! ¿De chocarrero os picais? Está bien. Y ¿adónde íbades ahora?

—Señor, á tomar el aire.

—Y ¿adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno! respondeis muy á propósito. Discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevadle; que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.

— Par Dios, dijo el mozo, así me hará vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey.

— Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?

— Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel....

— ¿Cómo que no! replicó Sancho. Llevalde luégo, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad; que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.

— Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

— Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar?

— Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante, con todo su poder, para hacerme dormir, si yo no quiero?

— No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion.

— ¿De modo, dijo Sancho, que no dejareis de

dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia?

—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.

— Pues andad con Dios, dijo Sancho; idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño; que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascos.»

Fuése el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: «Señor Gobernador, éste que parece hombre, no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.»

Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza pareció bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron; y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso

y hallazgo no venia ordenado por ellos; y así, estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito.

Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: «No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladron ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe.»

Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: «Haga, señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho pueda decir lo que quisiere.»

Mandólo así el Gobernador; apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, el maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo: «Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre...

— Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora; porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra; y más, que decis que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

— Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho.

— Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer.

— Ya eso lleva camino, respondió el mayordomo; que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó, no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija; que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea; y con todo esto, la fama dice que es en extremo hermosa.

— Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo. Si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto»; y en esto comenzó á llorar tiernamente.

Viendo lo cual el secretario, se llegó al oido del maestresala y le dijo muy paso: «Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

— No hay dudar en eso, respondió el maestresala; y más, que esa sospecha la confirman sus lágrimas.»

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido; que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles.

«Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años, que son los mismos que á mi madre come la tierra. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche; ni sé qué son ca-

lles, plazas ni templos, ni áun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez, el arrendador, que, por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada. Quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mesmas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representabán comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; y él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano... que ¡nunca tal pidiera ni tal rogara!...»; y tornó á renovar el llanto.

El mayordomo le dijo: «Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido; que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas.

—Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar; porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.»

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los

prados, y áun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el Gobernador de la tardanza que tenia la moza en relatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos; que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo.

Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo: «No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sácase una noche á ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo; y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más ó ménos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y cuando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: «Hermana, ésta debe de ser la ronda; aligera los piés y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan; que nos será mal contado»; y diciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar. Yo, á ménos de seis pasos, caí, con el sobresalto, y entónces llegó el ministro de la justicia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde, por mala y antojadiza, me veo avergonzada ante tanta gente.

—En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo; que no se extendia á más que á ver las calles de este lugar»; y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el Gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venia en aquel traje; y él, con no ménos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el Gobernador les dijo: «Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería; y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir: somos Fulano y Fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento; y no gemidicos y lloramicos, y darle.

—Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia.

—No se ha perdido nada, respondió Sancho. Vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado ménos. Y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo; que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo más.»

El mancebo agradeció al Gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa; y así, se encaminaron hácia ella, que no estaba muy léjos de allí. Llegaron, pues; y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados, así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de, luego, otro dia, pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y áun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á unos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L.

Donde se declará quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la Dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormia la sintió; y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento le fué á poner en pico á su señora la Duquesa de cómo doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con Don Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca, que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni ménos Altisidora; y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que

van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo, aquel dia, real y verdaderamente, despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza, con la ocupacion de su gobierno), á Teresa Panza, su mujer, con la carta y con el lio de ropa de su marido, y con otra suya y con una gran sarta de corales ricos, presentados.

Dice, pues, la historia que el paje era muy discreto y agudo; y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y ántes de entrar en él, vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha.

Á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo: «Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

— Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre; porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

— Eso haré yo de muy buena gana, señor mio», respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más á ménos; y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni cal-

zarse (que estaba en piernas y desgreñada), saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo: «Venga vuesa merced; que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre.

— Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas.»

Finalmente, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa, dijo á voces desde la puerta: «Salga, madre Teresa, salga, salga; que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre.»

Á cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda (que parecia, segun era de corta, que se la habiancortado por vergonzoso lugar), con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada; la cual, viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: «¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es este?

— Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza», respondió el paje; y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: «Déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa; que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterro-

nes y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno.

—Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo; y para prueba desta verdad, reciba vuesa merced esta carta y este presente»; y sacó al instante de la faldriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: «Esta carta es del señor Gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envia.»

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni ménos, y la muchacha dijo: «Que me maten, si no anda por aquí nuestro señor amo, Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido.

—Así es la verdad, respondió el paje; que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho Gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentil hombre, dijo Teresa; porque, aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí; que yo iré á llamar quién la lea, ora sea el Cura mesmo, ó el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie; que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré»; y así, se la leyó toda, que, por quedar ya referida, no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

«Amiga Teresa: Las buenas partes de la bondad »y del ingenio de vuestro marido Sancho me mo»vieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque »le diese un gobierno de una ínsula, de muchas »que tiene. Tengo noticia que gobierna como un »jirifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el »Duque, mi señor, por el consiguiente; por lo que »doy muchas gracias al cielo de no haberme en»gañado en haberle escogido para el tal gobierno; »porque quiero que sepa la señora Teresa que con »dificultad se halla un buen gobernador en el mun»do, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobier»na. Ahí le envio, querida mia, una sarta de co»rales con extremos de oro: yo me holgara que »fuera de perlas orientales; pero quien te da el »hueso no te querria ver muerta: tiempo vendrá »en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y »Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchi»ca, su hija, y dígale de mi parte que se apareje; »que la tengo de casar altamente, cuando ménos »lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas »gordas: envíeme hasta dos docenas; que las es»timaré en mucho, por ser de su mano; y escrí»bame largo, avisándome de su salud y de su bien»estar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene »que hacer más que boquear; que su boca será me»dida; y Dios me la guarde. Deste lugar:

»Su amiga, que bien la quiere,

»*La Duquesa.*»

«¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y ¡qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidal-

gas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas; que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual; que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las puedan venir á ver á la mira y á la maravilla. Y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor: pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe; que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene, lo merecen todo; y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura y á Maese Nicolas, el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta; que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se la habia de enviar á ella toda.

—Toda es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello; que verdaderamente parece que me alegra el corazon.

—Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el Gobernador sólo un dia llevó á caza; el cual todo le envia para la señora Sanchica.

— Que me viva él mil años, respondió Sanchi-

ca, y el que lo trae ni más ni ménos, y áun dos mil si fuera necesidad.»

Salióse en esto Teresa fuera de casa, con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir: «A fe, que agora que no hay pariente pobre, Gobiernito tenemos. No sino tómese conmigo la más pintada hidalga; que yo la pondré como nueva.

— ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas y qué papeles son ésos?

— No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos las avemarías, y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

— De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis.

— Ahí lo podrán ver ellos», respondió Teresa, y dióles las cartas.

Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco, y Sanson y el Cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido, y preguntó el Bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia más de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: «Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos

presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas.

— Aderézame esas medidas, dijo entónces Carrasco. Agora bien, vamos á ver el portador deste pliego; que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.»

Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le pidió Sanson les dijese nuevas, así de Don Quijote como de Sancho Panza; que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas, ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su Majestad.

Á lo que el paje respondió: «De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos. Y en cuanto á lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no digo yo el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontece enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras

castellanas: con más llaneza tratan con las gentes.»

Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con un halda de huevos, y preguntó al paje: «Dígame, señor: mi señor padre ¿trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador?

— No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer.

—¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y ¡qué será de ver á mi padre con pedorreras! ¿No es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas!

— Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno.»

Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido); y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más, cuando Teresa dijo: «Señor Cura, eche cata por ahí si hay álguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere; y áun, que si me enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche como todas; que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

— Y ¡cómo, madre! dijo Sanchica; ¡pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana! aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora

madre en aquel coche: «Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y ¡cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa!» Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los piés del suelo. ¡Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo! y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia!

—Y ¡cómo que dices bien, hija! respondió Teresa; y todas estas aventuras, y áun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme condesa; que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo, lo es de los refranes): «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale, y cuando te hicieren tus tus, con alguna buena dádiva, envásala. No sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—Y ¿qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: «vióse el perro en bragas de cerro», y lo demas?»

Oyendo lo cual el Cura, dijo: «Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto,

y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.

—¿Que todavía afirma vuesa merced, señor mio, dijo el Bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba! Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que ésta es una de las cosas de Don Quijote, nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así, estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced, por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos; que yo no sé otra cosa, para el juramento que hago, que es por vida de mis padres; que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así, replicó el Bachiller; pero *dubitat Augustinus.*

—Dude quien dudare, respondió el paje; la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis.* Véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verá con los ojos lo que no cree por los oidos.

—Esa ida á mí toca, dijó Sanchica. Llévenme

vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin; que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

— Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes.

— Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: ¡hallado la habeis la melindrosa!

— Calla, mochacha, dijo Teresa; que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto; que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha; y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo.

— Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde.»

Á lo que dijo el Cura: «Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo; que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped.»

Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir á Teresa las cartas de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas; que le tenia por algo burlon; y así, dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPÍTULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el coronista ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor Gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago; haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno, y áun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia y otros, y uno dellos lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presen-

tes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué: «Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío... Y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban por la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello, ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna.» Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, que luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo, que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: «Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre.» Pídese á vuesa merced, señor Gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre? que áun hasta agora están dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.»

Á lo que respondió Sancho : «Por cierto que esos señores jueces, que á mí os envian, lo pudieran haber excusado; porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda; quizá podria ser que diese en el hito.» Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo : «Á mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, si es así : el tal hombre jura que va á morir en la horca; y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor Gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora, replicó Sancho, que deste hombre, aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y desta manera se cumplirá al pié de la letra la condicion del pasaje.

—Pues, señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir; y así, no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho : este pasajero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le sal-

va, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera mejor firmar; y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quijote, ántes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

— Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden cómo el señor Gobernador coma muy á su gusto.

— Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí; que yo las despabilaré en el aire.»

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y más, que pensaba concluir con él una de aquellas noches, haciéndole la burla última que traia en comision de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el Gobernador. Mandó

Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta.

Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: «Bien se puede leer en voz alta; que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA INSULA BARATARIA.

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descui»dos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de »tus discreciones, de que dí, pasmado, gracias »particulares al cielo, el cual del estiércol sabe »levantar los pobres, y de los tontos hacer discre»tos. Dícenme que gobiernas como si fueses hom»bre, y que eres hombre como si fueses bestia, »segun es la humildad con que te tratas; y quiero »que adviertas, Sancho, que muchas veces con»viene y es necesario, por la autoridad del oficio, »ir contra la humildad del corazon; porque el buen »adorno de la persona que está puesta en graves »cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y »no á la medida de á lo que su humilde condicion »le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no »parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni »que, siendo juez, te vistas como soldado, sino »que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, »con tal que sea limpio y bien compuesto. Para »ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, en»tre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien »criado con todos (aunque esto ya otra vez te lo

» he dicho), y la otra, procurar la abundancia de los » mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue » el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.

» No hagas muchas pragmáticas; y si las hicie- » res, procura que sean buenas, y sobre todo, que » se guarden y cumplan; que las pragmáticas que » no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; » ántes dan á entender que el príncipe que tuvo » discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo » valor para hacer que se guardasen; y las leyes » que atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser » como la viga, rey de las ranas, que al principio » las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y » se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y » padrastro de los vicios. No seas siempre riguro- » so ni siempre blando, y escoge el medio entre » estos dos extremos; que en esto está el punto de » la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerías » y las plazas; que la presencia del Gobernador en » lugares tales es de mucha importancia: consuela » á los presos que esperan la brevedad de su despa- » cho, sé coco á los carniceros, que por entónces » igualan los pesos, y sé espantajo á las placeras » por la misma razon. No te muestres (aunque por » ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, » mujeriego ni gloton; porque en sabiendo el pue- » blo y los que te tratan tu inclinacion determina- » da, por allí te darán batería hasta derribarte en » el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa » y repasa los consejos y documentos que te dí por » escrito ántes que de aquí partieses á tu gobierno, » y verás cómo hallas en ellos, si los guardas, una » ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y

»dificultades que á cada paso á los gobernadores »se les ofrecen. Escribe á tus señores y muéstra»teles agradecido; que la ingratitud es hija de la »soberbia, y uno de los mayores pecados que se »saben; y la persona que es agradecida á los que »bien le han hecho, da indicio que tambien lo »será á Dios, que tantos bienes le hizo y de con»tínuo le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu »vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza; »por momentos esperamos respuesta. Yo he esta»do un poco mal dispuesto de un cierto gateamien»to que me sucedió, no muy á cuento de mis na»rices; pero no fué nada; que si hay encantadores »que me maltraten, tambien los hay que me de»fiendan. Avísame si el mayordomo que está con»tigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, »como tú sospechaste; y de todo lo que te su»cediere me irás dando aviso, pues es tan corto »el camino; cuanto más, que yo pienso dejar pres»to esta vida ociosa en que estoy, pues no nací pa»ra ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo »que me ha de poner en desgracia destos señores; »pero, aunque se me da mucho, no se me da nada; »pues, en fin, en fin, tengo de cumplir ántes con »mi profesion que con su gusto, conforme á lo que »suele decirse: *amicus Plato, sed magis amica ve»ritas*. Dígote este latin, porque me doy á enten»der que despues que eres gobernador, lo habrás »aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que »ninguno te tenga lástima.

»Tu amigo,

»*Don Quijote de la Mancha.*»

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor Don Quijote; y dijo al secretario qué, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

«La ocupacion de mis negocios es tan grande, »que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni »áun para cortarme las uñas; y así, las traigo tan »crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor »mio de mi alma, porque vuesa merced no se es»pante si hasta agora no he dado aviso de mi bien »ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo »más hambre que cuando andábamos los dos por »las selvas y por los despoblados.

»Escribióme el Duque, mi señor, el otro dia, »dándome aviso que habian entrado en esta ínsu»la ciertas espías para matarme; y hasta agora yo »no he descubierto otra que un cierto doctor, que »está en este lugar, asalariado para matar á cuan»tos gobernadores aquí vinieren; llámase el doc»tor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera; »porque vea vuesa merced ¡qué nombre, para no »temer que he de morir á sus manos! Este tal »doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura »las enfermedades, cuando las hay, sino que las

» previene para que no vengan; y las medecinas » que usa son dieta, y más dieta, hasta poner la » persona en los huesos mondos, como si no fuese » mayor mal la flaqueza que la calentura. Final- » mente, él me va matando de hambre, y yo me » voy muriendo de despecho; pues cuando pensé » venir á este gobierno á comer caliente y á beber » frio, y á recrear el cuerpo entre sábanas de Ho- » landá, sobre colchones de pluma, he venido á » hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como » no la hago de mi voluntad, pienso que, al cabo, » al cabo, me ha de llevar el diablo.

» Hasta agora no he tocado derecho ni llevado » cohecho, y no puedo pensar en qué va esto; por- » que aquí me han dicho que los gobernadores que » á esta ínsula suelen venir, ántes de entrar en » ella, ó les han dado, ó les han prestado los del » pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria » usanza en los demas que van á gobiernos, no » solamente en este.

» La primera noche que anduve de ronda, topé » una muy hermosa doncella en traje de varon, y » un hermano suyo en hábito de mujer; de la moza » se enamoró mi maestresala, y la escogió en su » imaginacion para su mujer, segun él ha dicho, y » yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pon- » dremos en plática nuestros pensamientos con el » padre de entrambos, que es un tal Diego de la » Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

» Yo visito las plazas, como vuesa merced me » lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia » avellanas nuevas, y averigüéle que habia mez- » clado con una hanega de avellanas nuevas otra

»de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas pa»ra los niños de la doctrina, que las sabrán bien »distinguir, y sentenciéla que por quince dias no »entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice va»lerosamente. Lo que sé decir á vuesa merced es, »que es fama en este pueblo que no hay gente más »mala que las placeras, porque todas son desver»gonzadas, desalmadas y atrevidas; y yo así lo »creo, por las que he visto en otros pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á »mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente »que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y »procuraré de mostrarme agradecido á su tiem»po; bésele vuesa merced las manos de mi parte, »diciendo que digo yo que no lo ha echado en »saco roto, como lo verá por la obra. No querria »que vuesa merced tuviese trabacuentas de dis»gusto con esos mis señores; porque si vuesa mer»ced se enoja con ellos, claro está que ha de re»dundar en mi daño; y no será bien que pues se »me da á mí por consejo que sea agradecido, que »vuesa merced no lo sea con quien tantas merce»des le tiene hechas, y con tanto regalo le trata en »su castillo.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagi»no que debe de ser alguna de las malas fechorías »que con vuesa merced suelen usar los malos en»cantadores: yo lo sabré cuando nos veamos. Qui»siera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero »no sé qué envie, si no es algunos cañutos de je»ringas, que para con vejigas los hacen en esta »ínsula muy curiosos; aunque, si me dura el ofi»cio, yo buscaré qué enviar de haldas ó de man-

»gas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, »pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta; que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y »con esto, Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien »y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le »pienso dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio.

»Criado de vuesa merced,

»*Sancho Panza, el gobernador.*»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron órden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de dónde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la venta por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interes; puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia; ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los

más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*

CAPÍTULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamáda por otro nombre doña Rodriguez.

Cuenta Cide Hamete que estando ya Don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la Órden de caballería que profesaba; y así, determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los piés á la cabeza; y la una dellas, llegándose á Don Quijote, se le echó á los piés, tendida de largo á largo, la boca cosida con los piés de Don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban; y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla

que sus criados querian hacer á Don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que Don Quijote, compasivo, la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodriguez, la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y más los Duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras.

Finalmente, doña Rodriguez, volviéndose á los señores, les dijo: «Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con éste caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano.»

El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor Don Quijote cuanto le viniese en deseo.

Ella, enderezando la voz y el rostro á Don Quijote, dijo: «Dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho; y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas aventuras que Dios os depare; y así, querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este

rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, ántes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque, mi señor, me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto, nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare.»

Á cuyas razones respondió Don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: «Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros; que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte, son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque, mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes y castigar á los soberbios; quiero decir, acorrer á los miserables y destruir á los rigurosos.

—No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle; que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro,

guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos.

— Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó Don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto, en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es; y que le ha de cumplir la palabra que le dió, de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. »

Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo y arnes tranzado, con todas las demas piezas, sin engaño, supercheria ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo. « Pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quijote; que de otra manera no se hará nada, ni llègará á debida ejecucion el tal desafío.

— Yo sí pongo, respodió la dueña.

— Y yo tambien », añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fuéron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su malandante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza; de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras; que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos, las puso en manos de la Duquesa. La una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa Tal, de no sé dónde;* y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere más años que á mí.*

No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leida para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA.

«Mucho contentó me dió, señora mia, la carta »que vuesa grandeza me escribió; que en verdad »que la tenia bien deseada. La sarta de corales es »muy buena, y el vestido de caza de mi marido no »le va en zaga. De que vuesa señoría haya hecho »gobernador á Sancho, mi consorte, ha recebido »mucho gusto todo este lugar; puesto que no hay »quien lo crea, principalmente el Cura y Maese »Nicolas, el barbero, y Sanson Carrasco, el bachi- »ller; pero á mí no se me da nada; que, como ello »sea así, como lo es, diga cada uno lo que qui- »siere; aunque, si va á decir verdad, á no venir »los corales y el vestido, tampoco yo le creyera; »porque en este pueblo todos tienen á mi marido »por un porro, y que, sacado de gobernar un hato »de cabras, no pueden imaginar para qué gobier- »no pueda ser bueno. Dios lo haga y le encamine »como ve que lo han menester sus hijos. Yo, se- »ñora de mi alma, estoy determinada, con licen- »cia de vuesa merced, de meter este buen dia en »mi casa, yéndome á la Corte á tenderme en un »coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que »ya tengo; y así, suplico á vuesa excelencia man- »de á mi marido me envie algun dinerillo, y que »sea algo qué, porque en la Corte son los gastos »grandes; que el pan vale á real, y la carne la »libra á treinta maravedís, que es un juicio; y si »quisiere que no vaya, que me lo avise con tiem- »po, porque me están bullendo los piés por po- »nerme en camino; que me dicen mis amigas y

» mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas » y pomposas en la Corte, vendrá á ser conocido mi » marido por mí más que yo por él, siendo forzoso » que pregunten muchos : « ¿ Quién son estas seño- » ras deste coche? » y un criado mio responder : « La » mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de » la Insula Barataria »; y desta manera será conoci- » do Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo.

» Pésame cuanto pesarme puede que este año no » se han cogido bellotas en este pueblo; con todo » eso, envio á vuesa Alteza hasta medio celemin, » que una á una las fuí yo á coger y á escoger al » monte, y no las hallé más mayores : yo quisiera » que fueran como huevos de avestruz.

» No se le olvide á vuestra pomposidad de escri- » birme; que yo tendré cuidado de la respuesta, avi- » sando de mi salud y de todo lo que hubiere que » avisar deste lugar, donde quedo rogando á nues- » tro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no » olvide. Sancha, mi hija, y mi hijo, besan á vuesa » merced las manos.

» La que tiene más deseo de ver á vuesa señoría » que de escribirla,

» Su criada,

» *Teresa Panza*. »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer á Don Quijote, si sería bien abrir la carta que venia para el Gobernador; que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA, SU MARIDO.

«Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo »te prometo y juro, como católica cristiana, que no »faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué á oir que »eres gobernador, me pensé allí caer muerta, de »puro gozo; que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande. Á Sanchica, tu hija, se le fuéron las aguas sin sentirlo, »de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, »y el portador dellas allí presente; y con todo eso, »creia y pensaba que era todo sueño lo que veia y »lo que tocaba; porque ¿quién podia pensar que »un pastor de cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas! Ya sabes tú, amigo, que decia »mi madre que era menester vivir mucho para ver »mucho: dígolo porque pienso ver más, si vivo »más; porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que, aunque »lleva el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin, »siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la »Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la Corte: mírate en ello, y avísame de tu gusto; que yo »procuraré honrarte en ella, andando en coche.

»El Cura, el Barbero, el Bachiller y áun el sacristan, no pueden creer que eres gobernador, y »dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quijote, tu

» amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á » sacarte el gobierno de la cabeza, y á Don Qui» jote la locura de los cascos; yo no hago sino reir» me y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que » tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas be» llotas envio á mi señora la Duquesa; yo quisiera » que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de » perlas, si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste » lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un » pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á » pintar lo que saliese. Mandóle el Concejo pintar » las armas de su Majestad sobre las puertas del » Ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos » adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cua» les no pintó nada, y dijo que no acertaba á pin» tar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo » eso, se casó á titulo de buen oficial; verdad es que » ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al » campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de » Lobo se ha ordenado de grados y corona, con in» tencion de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la » nieta de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de » que la tiene dada palabra de casamiento: malas » lenguas quieren decir que ha estado en cinta dél; » pero él lo niega á piés juntillas. Hogaño no hay » aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo » este pueblo. Por aquí pasó una compañía de solda» dos; lleváronse de camino tres mozas deste pueblo: » no te quiero decir quién son; quizá volverán, y no » faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas, » buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas; » gana cada dia ocho maravedis horros, que los » va echando en una alcancía para ayuda á su ajuar;

»pero ahora, que es hija de un gobernador, tú le »darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de »la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí »me las den todas. Espero respuesta desta y la re- »solucion de mi ida á la Corte; y con esto, Dios te »me guarde más años que á mí, ó tantos, porque »no querria dejarte sin mí en este mundo.

›Tu mujer,

»*Teresa Panza.*»

Las cartas fueron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo que traia la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiróse la Duquesa, para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese; dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió, por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon. Recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; ántes parece que en ella anda todo en redondo, digo, á la redonda. Á la primavera sigue

el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera; y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera más que el viento, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la décimaséptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas; cuando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero, no sólo no lo supo, sino que, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pié, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar ni cosa que se le pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvai-

nadas, gritando todos á grandes voces: «¡Arma, arma, señor Gobernador! ¡Arma! ¡que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!»

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oia y veia; y cuando llegaron á él, uno le dijo: «Ármese luégo vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda.

—¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros! Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo ¡pecador fuí á Dios! no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor Gobernador! dijo otro, ¿qué relente es ese? Ármese vuesa merced; que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan; pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Ármenme norabuena», replicó Sancho; y al momento le trujeron dos paveses (que venian proveidos dellos), y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase,

y animase á todos; que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios.

«¿Cómo tengo de caminar ¡desventurado yo! respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes! Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo; que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo.

—Ande, señor Gobernador, dijo otro; que más el miedo que las tablas le impide el paso : acabe y menéese; que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga.» Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena; y no por verle caido aquella gente burladora, le tuvieron compasion alguna; ántes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Gobernador, el cual, en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios, que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á

grandes voces decia: «¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranqueen! ¡Vengan alcancías de pez y resina, y calderas de aceite ardiendo; trinchéense las calles con colchones!»

En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: «¡Oh si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia!»

Oyó el cielo su peticion; y cuando ménos lo esperaba, oyó voces que decian: «¡Vitoria, vitoria! Los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo.

—Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho.» Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo: «El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.»

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Yá les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pe-

na que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio; y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia.

Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y llegándose al Rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo: «Venid vos acá, compañero mio y amigo mio y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.»

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el Rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor y á otros muchos, que allí presentes estaban, dijo: «Abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que qui-

sieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre, y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al reves de cómo suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir, que me voy á bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor Gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—Tarde piache, respondió Sancho; así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en éste,

ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda : cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana : y déjenme pasar, que se me hace tarde.»

Á lo que el mayordomo dijo : «Señor Gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearlo ; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez y siete dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.

— Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, si no es quien ordenare el Duque, mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde; cuanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

— Par Dios, que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle.»

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofrecién-

dole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria más de un poco de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

Resolviéronse el Duque y la Duquesa en que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosílos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á Don Quijote cómo desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y áun por toda la barba entera, si se afirmaba en que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el coso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion dónde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento espe-

raba los cuatro dias, que se le iban haciendo, á la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que, entre alegre y triste, venia caminando sobre el Rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando; los cuales, en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra, que claramente pronunciaba *limosna*, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedian; y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas el medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióles dello, diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles.

Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: *Geld, geld.*

— No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente.»

Entónces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia ostugo de moneda; y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, ha-

biéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: «¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo! ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino, Sancho Panza! Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.»

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino; y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspension, el peregrino le dijo: «¿Cómo! y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar!»

Entónces Sancho le miró con más atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto; y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo: «¿Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote? y ¿cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura!

—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy; que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente, y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los

desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste.»

Hízolo así Sancho; y hablando Ricote á los demas peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cebollas, nuecos, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que, si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados; pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino; que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se habia transformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro,

señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes, por cumplir con el refran, que él muy bien sabia, de «cuando á Roma fueres, haz como vieres», pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado.

De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decia: «Español y tudesqui tuto uno bon compaño»; y Sancho respondia: «Bon compaño, jur á Dí»; y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entónces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido más y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones.

«Bien sabes ¡oh Sancho Panza! vecino y amigo mio, cómo el pregon y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nacion puso terror y

espanto en todos nosotros; á lo ménos en mí le puso de suerte, que me pareció que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir á buscar dónde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo: y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no porque todos fuésemos culpados; que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podia dar.

»Do quiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperába-

mos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos (y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados : tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo.

»Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas : cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España, muchos dellos, cada año á visitar los santuarios della; que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado

(que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro), y escribir, ó pasar desde Valencia, á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza cómo traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota, mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija ántes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana.»

Á lo que respondió Sancho : «Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi entierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman; y asi, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades; que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy

nada codicioso; que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe, que no hallen otra como ella á tres tirones.

—Y ¿dónde está esa ínsula? preguntó Ricote.

—¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho, dijo Ricote; que las ínsulas están allá dentro de la mar; que no hay ínsulas en la tierra firme.

—¿Cómo no! replicó Sancho. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote.

—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y áun el sustento; porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases! ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro), y te daré con qué vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho yo, Ricote, replicó Sancho, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.

—No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

—Sí hallé, respondió Sancho; y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora, y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y á fe, que muchos tuvieron deseo de salir á quitársela en el camino á su madre, y esconderla; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo. Principalmente se mostró más apasionado don Gaspar Gregorio, aquel mancebo, mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca

más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada.

—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que, á lo que yo creo, atendia á ser más cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo.

—Dios lo haga, replicó Sancho; que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo; que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano; que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino.»

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque; puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo escura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino con intencion de esperar la ma-

ñana; y quiso su corta y desventurada suerte que, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba. Y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque, á poco más de tres estados, dió fondo el Rucio, y él se halló encima dél, sin haber recebido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero, y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios, nuestro Señor, de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho ni se lamentaba de vicio; que á la verdad no estaba muy bien parado.

«¡Ay! dijo entónces Sancho Panza, y ¡cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado, gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro! Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de

molido y quebrantado; y yo de pesaroso; á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesínos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa; que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo ménos de los que tuvieren noticias que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados.»

Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda

aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle; y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apénas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: «Todos los duelos con pan son ménos.»

En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo; y púdolo ver porque, por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

«¡Válame Dios Todopoderoso! decia entre sí:

esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los piés, de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo. »

Desta manera, y con estos pensamientos, le pareció que habria caminado poco ménos de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que parecia ya que por alguna parte baja entraba, y daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percebir y entender que el que las daba decia: « ¡Ah de arri-

ba! ¿Hay algun cristiano que me escuche, ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador?»

Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: «¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la Ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha!»

Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiracion y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion, dijo: «Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí; que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo será para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera, respondieron, vuesa merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y áun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

—Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres,

que me tienes atónito; porque, si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—¡Voto á tal! respondieron; y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas, que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, el Rucio testigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.»

Y hay más, que no parece sinó qué el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

«¡Famoso testigo! dijo Don Quijote; el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio. Espérame: iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben haber puesto.

—Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios; que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.»

Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no

poco se maravillaron; aunque bien entendieron que debia de háber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemorables estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, llevaron, como dicen, *sogas y gente*, y á costa de mucha y de mucho trabajo, sacaron al Rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol.

Vióle un estudiante, y dijo: «Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo; muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo.»

Oyólo Sancho, y dijo: «Diez y seis ó diez y siete dias há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Diós dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el

gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

— Á buen seguro, respondió Sancho, que, por esta vez, ántes me han de tener por tonto que por ladron.»

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde, en unos corredores, estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo: «Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche; y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, ántes que diese conmigo

al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habian de guardar; que es lo mesmo entónces hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil; que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez y siete dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen: «salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote; que en fin en él, aunque cómo el pan con sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.»

Con esto dió fin á su amarga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan pres-

to el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal traido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto, cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosílos cómo se habia de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas; y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra (puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos), y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel

negocio como más fuese servido; que él le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahálso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y áun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo; de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque, su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha; advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban,

se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia; llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza; y junto con Tosilos, habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna.

Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos, cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el són de las trompetas; temblaba debajo de los piés la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros, el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios, nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien

suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose á él bonitamente, sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que cuando diéron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad; y así, no atendió al són de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apénas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: «¡Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte!»

Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, al cual, venido á ver lo que queria, le dijo: «Señor, esta batalla ¿no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora?

—Así es, le fué respondido.

—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así, digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora.»

Quedó admirado el maese de campo de las ra-

zones de Tosílos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia.

El Duque no sabia la ocasion por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosílos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo.

En tanto que esto pasaba, Tosílos se llegó adonde doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: «Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.»

Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo: «Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios, nuestro Señor, se la dió, san Pedro se la bendiga.»

El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosílos, le dijo: «¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os quereis casar con esta doncella?

—Sí, señor, respondió Tosílos.

—Él hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.»

Íbase Tosílos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo.

Viendo lo cual doña Rodriguez y su hija, dando grandes voces, dijeron : «Éste es engaño; engaño es éste. Á Tosílos, el lacayo del Duque, mi señor, nos han puesto en lugar del verdadero esposo. ¡Justicia de Dios y del Rey, y de tanta malicia, por no decir bellaquería!

—No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de éste, que decis que es lacayo del Duque. Tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él; que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo.»

El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo : «Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince dias siquiera, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura; que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar de unas en otras las cosas que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller

Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida.»

Á lo que dijo la hija de doña Rodriguez: «Séase quien fuere éste que me pide por esposa; que yo se lo agradezco; que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero; puesto que el que á mí me burló no lo es.»

En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosílos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosílos, quedáron doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosílos no esperaba ménos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia; que se imaginaba ser grande la falta que su

persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como á caballero andante, aquellos señores le hacian; y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: «¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha! Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa; que, á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho; porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél; y así, podré decir con segura conciencia (que no es poco): «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimis-

mo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su Rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero dijo:

«Escucha, mal caballero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
»Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy léjos de oveja.
»Tú has burlado, monstruo horrendo,
La más hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»Tú llevas ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada, tierna.
»Llévaste tres tocadores
Y unas ligas (de unas piernas
Que al mármol puro se igualan,
En lisas) blancas y negras.
»Llévaste dos mil suspiros,
Que, á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»De ese Sancho, tu escudero,
Las entrañas sean tan tercas
Y tán duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
»De la culpa que tú tienes,
Lleve la triste la pena;
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
»Tus más finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Lóndres á Ingalaterra.
»Si jugares al reinado,
Los cientos ó la primera,
Los reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.
»Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.»

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote; y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: «Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad. Dime: ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?»

A lo que Sancho respondió: «Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.»

Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que, aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiracion.

El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: «No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo más las ligas de mi doncella. Indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho con el de Tosilos, mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercédes he recebido. Los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jámas he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así, no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia; á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías; y andad con Dios; que miéntras más os deteneis, más aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mia yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches ¡oh valeroso Don Quijote! dijo entónces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas; porque, en Dios y en mi ánima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba.

—¿No lo dije yo? dijo Sancho. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno.»

Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Cuando Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dijo: «La libertad, Sancho, es uno de los

más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara, si fueran mios; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!

—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que, como pítima y confortativo, la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.»

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como

sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas.

Llegó Don Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrian.

Uno dellos le respondió: «Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren.

— Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaria de verlas; pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

— Y ¡cómo si lo son! dijo otro; si no, dígalo lo que cuestan; que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos»; y levantándose, dejó de comer y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de san Jorge, puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los piés y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una ascua de oro, como suele decirse.

Viéndola Don Quijote, dijo: «Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse Don San Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra.»

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martin, puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apénas la hubo visto Don Quijote,

cuando dijo: «Este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad: y sin duda debia de ser entónces invierno; que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo.

— No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester.»

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del Patron de las Españas, á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo Don Quijote: «Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.»

Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de san Pablo, del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse.

Cuando le vió tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondia, «Éste, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios, nuestro Señor, en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas; caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase, el mismo Jesucristo.»

No habia más imágines; y así, mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza; y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

— Dios lo oiga, y el pecado sea sordo», dijo Sancho á esta ocasion.

Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: «En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sin sobresalto alguno; ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con

los cuerpos, ni quedamos hambrientos: ¡bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de una misma suerte; y estos que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la Órden del bienaventurado san Francisco; y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos.» Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines, ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; y querria que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa por que dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: «Santiago y cierra España?» ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla? O ¿qué ceremonia es ésta?

— Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote. . . . .
. . . .
y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. »

Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: « Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa. ¡Bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas! He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

— Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores; y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza;

y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima.

—¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razon amorosa suya. ¡Hideputa! y ¡qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con vehemencia. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.»

En estas razones y pláticas se iban entrando por

una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: «Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten, si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido. Pues mándoles yo que, aunque estas redes, así como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, y más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodon.»

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado... digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rúbios, podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas; la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué ésta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote; y reparando en él las pastoras, la sorpresa tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: «De-

tened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas; y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado. Ayer fué el primero dia que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que, ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortesmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.»

Calló, y no dijo más; á lo que respondió Don Quijote: «Por cierto, hermosísima señora, que no debió quedar más suspenso ni admirado Acteon cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra

belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representan; y si como estas redes deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete, por lo ménos, Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre.

—¡Ay amiga de mi alma! dijo entónces la otra zagala, y ¡qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza, su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se les igualen.

—Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha, historiado y referido.

—¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo, dicen dél que es el

más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

— Con razon se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canseis, señoras, en detenerme; porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo.»

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y gala que á las de las zagalas correspondia. Contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenia él ya nóticia por haber leido su historia; ofrecióselé el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo.

Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que, engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á Don Quijote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aun-

que algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos dias naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras, zagalas contrahechas, que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.»

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: «¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi

señor es loco! Digan vuesas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi ámo ha dicho? ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»

Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: «¿Es posible ¡oh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, á Rocinante. Vamos á poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razon que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla»; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto, salió Don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: «¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes! sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.»

Dos veces repitió estas mismas razones, aquel dia y otro, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que el segundo dia se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podia suceder algun peligro; sólo Don Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venia más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: «Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros.

— Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los

más bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.»

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin, se levantaron todos; y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: «Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.»

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.

Al polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al Rucio y á Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio; enjuagóse la boca y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comia Don Quijote, de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia.

«Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote; sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando

esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales indómitos y feroces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

— Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen : «muera Marta, y muera harta» : yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla más aliviado.»

Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole : «Si tú ¡oh Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que miéntras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lás-

tima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho; durmamos por ahora entrambos; y despues, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Tenga paciencia mi señora Dulcinea; que cuando ménos se cate, me verá hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que áun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.»

Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío, y sin órden alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegáron, pues, á ella; preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésqed le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar.

Á lo que el huésped respondió que su boca seria medida; y así, que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta.

«No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía.»

Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados.

«Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla, que sea tierna.

— ¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad, en verdad, que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

— Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.

— En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

— ¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

— ¡Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¡quiere que tenga huevos! Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos ¡cuerpo de mí! dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «cómeme, cómeme».

— Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho; y nadie las toque; que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto; y no se me daria nada que fuesen manos, como ni que fuesen uñas.

— Nadie las tocará, dijo el ventero; porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

— Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.»

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: «Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tan-

to que traen la cena, leamos otro capítulo de la segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha.* »

Apénas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y con oido alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: «¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

— Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.

— Lo que á mí en éste más me desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. »

Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: «Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

— ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.

— ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha? que hará bueno cuanto ha dicho, y áun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas. »

Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros

(que tales lo parecian); y uno dellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: «Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.»

Y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutierrez; y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en tódas las demas de la historia.»

Á esto dijo Sancho: «¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutierrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

— Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo don

Jerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

— Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.

— Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe.

— Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma.»

Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos; que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no ménos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso: si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote.

Á lo que él respondió: «Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada»; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia

sucedido en la cueva de Montesínos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura.

Acabó de cenar Sancho; y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando, dijo: «Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo querria que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho,

— Sí llama, dijo don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

— Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiento, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

— Yo así lo creo, dijo don Juan; y si fuera posible, se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si

no fuese Cide Hamete, su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle, sino Apéles.

— Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

— Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande.»

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discordaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

«Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moder-

no, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí tambien, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo.» Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habian hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia el autor aragones. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese más proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo a Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis

dias no le sucedió cosa digna dé ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques; que en estò no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo; y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado bien aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podia pegar los ojos; ántes iba y venia con el pensamiento por mil sucesos y lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesínos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho, su escudero; pues, á lo que creia, solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: «Si el nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: «tanto monta cortar como desatar», y no por esò dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro? pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.»

Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodádolas en modo que pudiese azotarle con ellas. Comenzóle á quitar las cintas (que es opinion que no tenia más que la delantera) en que se sustentaban los gregüescos; pero apénas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: «¿Qué es esto! ¿Quién me toca y desencinta!

—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos; véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad; que la mia es de darte en esta soledad, por lo ménos, dos mil azotes.

—Eso no, dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos. Los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon, y, aunque villano, blando de carnes»; y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar.

Don Quijote le decia : «¿Cómo, traidor! ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Con quien te da su pan te atréves!

— Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdeme á mí, que soy mi señor : vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.»

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió á otro árbol, y sucedióle lo mesmo; dió voces, llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hizolo así Don Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas.

Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho : «No tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas, que tientas y no ves, sin duda son de algunos forágidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de

treinta en treinta; por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona»; y así era la verdad, como él lo habia imaginado.

Al primer albor alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia; y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitan.

Hallóse Don Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á expulgar al Rucio y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia; y avínole bien á Sancho, que en una ventrera, que tenia ceñida, venian los escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena.

Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obede-

cido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole: «No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Busiris, sino en las de Roquè Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, por haber caido en tu poder ¡oh valeroso Roque! cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Órden de la andante caballería, que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber ¡oh gran Roque! que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.»

Luégo Roque Guinart conoció que la confianza de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de léjos dél habia oido; y así, le dijo: «Valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna ésta en que os hallais; que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se ende-

rezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres.»

Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos; y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas; una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados.

Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando á él, dijo: «En tu busca venia ¡oh valeroso Roque! para hallar en tí, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy. Yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo ménos se llamaba no há dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser

suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves; y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí; y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y, á lo que creo, le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre, porque los deudos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza.»

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: «Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo; que despues veremos lo que más te importare.»

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: «No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora; que lo tomo yo á mi cargo. Denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí; que yo iré á buscar á ese caballero, y, muerto ó vivo, le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.

—Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi

señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si nó fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora que ya la tal doncella nó lo fuera.»

Roque, que atendia más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia que á las razones de amo y mozo, no las entendió; y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del Rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos; que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados, á quien, con cansada y debilitada voz, rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas nó consentia que más adelante pasase.

Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él; temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y asiéndole de la mano, le dijo: «Si tú me

dieras ésta conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso.»

Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo: «Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamas quise ni supe ofenderte.

— Luego ¿no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro?

— No, por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, celosa, me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres; que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio que piensas que de mí has recebido.»

Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida.

Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras

de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. «¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decia, con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del tálamo á la sepultura!»

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más seguro acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos; y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¿qué mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos!

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del Rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades.

—¿Qué es lo que dices, hombre! dijo uno de los presentes; que yo los tengo, y no valen tres reales.

—Así es, dijo Don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió.»

Mandóselos volver al punto Roque Guinart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva.

Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote: «Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podria vivir con ellos.»

Á lo que dijo Sancho: «Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use áun entre los mesmos ladrones.»

Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y éste dijo: «Señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente.»

Á lo que respondió Roque: «¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos?

—No, sino de los que buscamos, respondió el escudero.

—Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego, sin que se os escapé ninguno.»

Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á Don Quijote: «Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que per-

severo en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hánse eslabonado las venganzas de manera, que, no sólo las mias, pero las ajenas tomó á mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.»

Admirado quedó Don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: «Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo (ó Dios, por mejor decir), que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo; que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.»

Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho;

que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno dellos le respondió: «Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras que, dicen, están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia; llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que, á nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.»

Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes; fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de á caballo dijo: «Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

— De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis

soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.»

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: «¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran!»

Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz; y volviéndose á los capitanes, dijo: «Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intencion de agraviar á soldados ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.»

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Róque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; ántes le pidió perdon del agravio que le hacia, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un criado suyo diese luego los

ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y volviéndose á los suyos, les dijo: «Destos escudos, dos tocan á cada uno y sobran veinte; los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura»; y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayorales de sus escuadras; y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladron conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: «Este nuestro capitan, más es para frade que para bandolero; si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.»

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oirlo Roque, el cual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: «Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos.»

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso cómo tenia consigo al famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á

cuatro dias, que era el de la Degollacion de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque casi todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temero-

so, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin; por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de la Degollacion de San Juan, en la noche; y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos (que hasta entónces no se los habia dado), los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque; quedóse Don Quijote esperando el dia, así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el són de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, «trapa, trapa, aparta aparta» de corredores, que, al parecer, de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el cerco de una rodela, por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando.

Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías,

que cerca y léjos llenában el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa, con espantoso estruendo, rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que reian, infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian.

En esto llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: «¡Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!»

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian,

comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: «Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y áun la del aragones, recien impresa.»

Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: «Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros; que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.»

Á lo que Don Quijote respondió: «Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija, ó parienta muy cercana de la del gran Roque: llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la quereis ocupar en vuestro servicio.»

Con palabras no ménos comedidas que éstas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo... dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encer-

fúron entre más de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerias que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban.

Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando to-

dos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian.

Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho: «Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondigüillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia.

—No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que cómo lo que me dan, y úso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con qüe Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las uvas, y áun los granos de la granada.

—¡Cómo! dijo don Antonio: ¿gobernador ha sido Sancho?

— Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez y siete dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.»

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce.

Paseóse don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: «Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

— Así lo juro, respondió Don Quijote, y áun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar; así que, con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en

el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

— En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que verá y oirá, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. »

Suspenso estaba Don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la pasó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo : « Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfecion que verémos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que quiera preguntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. »

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero, por ver cuán poco tiempo habia que aguardar para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haberle

descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes : *Éste es Don Quijote de la Mancha.*

En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian : « Éste es Don Quijote de la Mancha », admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian ; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo : « Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra ; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

— Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio ; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. »

Acaeció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: «¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¿Cómo! ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas! Tú eres loco; y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades; que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

— Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman.

— Par diez, vuesa merced tiene razon, respondió el castellano; que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalen, diere consejo á nadie, aunque me lo pida.»

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseó; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda

la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa: hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honradas, eran algo descompuestas: por dar lugar á que las burlas alegrasen sin enfado á les convidados, éstas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima.

Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero, viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite, partes advérsae;* dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan»; y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole: «Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado. ¿Pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros

bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, ántes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un jirifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.»

Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto, y áun, si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: «Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon: «Yo no juzgo de pensamientos.»

Oyendo lo cual, todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa, no habia persona humana que responder pudiese.

«¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido, por el propio tenor, paso: «Estais tú y tu mujer con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.»

¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo; aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos, de puro espanto!

Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo: «Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sábia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere.»

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: «Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?»

Y fuéle respondido: «Sé muy honesta.

—No te pregunto más», dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo: «Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no.»

Y respondiéronle: «Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.»

Apartóse la casada, diciendo: «Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.»

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle : «¿Quién soy yo?»

Y fuéle respondido : «Tú lo sabes.

—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí conozco, le respondieron; que eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender ¡oh cabeza! que lo sabes todo.»

Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle : «Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo, el mayorazgo?

—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es, dijo el caballero, «lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo», y no pregunto más.»

Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo : «Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido.»

Y respondiéronle : «Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.»

Llegóse luego Don Quijote, y dijo : «Dime, tú, el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho, mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—Á lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir; de todo tiene. Los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion.

—No quiero saber más, dijo Don Quijote; que, como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear.»

El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: «¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré á ver á mi mujer y á mis hijos?»

Á lo que le respondieron: «Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno par Dios! dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.»

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pié

sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ní ménos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mesmo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual, estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demas respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente.

Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia; temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe,

habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacion de Don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante.

Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiéndo que si iba á caballo le habian de perseguir los mochachos; y así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquella, y finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia; dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante.

Llegó, entre otros, á uno, y preguntóle qué era lo que hacia.

El oficial le respondió: «Señor, este caballero que aquí está (y enseñó á un hombre de muy buen

talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa.

—¿Qué título tiene el libro?» preguntó Don Quijote.

A lo que el autor respondió: «Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle.*

— Y ¿qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.

— *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos *los juguetes;* y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

— Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en ese su libro alguna vez nombrada la *pignata?*

— Sí, muchas veces, respondió el autor.

— Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.

— ¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla?*

— ¡Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place;* y adonde diga *piu*, dice *más;* y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo.*

— Sí declaro, por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves; que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos, que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido,* y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducion ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados, por lo ménos, con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á diez reales cada uno en daca las pajas.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! respondió Don Quijote. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspon-

dencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

— Pues ¿qué! dijo el autor, ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y áun piense que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero; que sin él no vale un cuatrin la buena fama.

— Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote»; y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma;* y en viéndole, dijo: «Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.» Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *La Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* compuesta por un tal... vecino de Tordesillas.

«Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su san Martin se le llegará como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas»; y diciendo esto, con muestras de algun despecho se

salió de la emprenta; y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al Cuatralvo de las galeras cómo aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped, el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el Cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII.

Del mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

Grandes eran los discursos que Don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fueron á las galeras.

El Cuatralvo estaba alegrísimo de su buena ventura, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho. Apénas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chi-

rimías: arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo que puso los piés en él Don Quijote, disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: «Hu, hu, hu», tres veces.

Dióle la mano el General (que con este nombre le llamaremos), que era un principal caballero valenciano, y abrazó á Don Quijote, diciéndole: «Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha, tipo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.»

Con otras no ménos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado; y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chus-

ma, puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué alzando y volteando de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuesen, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada. Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar.

Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés

colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí: «Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? Y ¿cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que éste es el infierno, ó por lo ménos el purgatorio.»

Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: «¡Ah Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podria ser que él sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar.»

Preguntar queria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: «Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente.»

Esto oido, saltó el General en la crujía y dijo: «Ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser éste que la atalaya nos señala.»

Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impe-

liendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no incitar á enojo al capitan que nuestras galeras regia. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.

Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos. Hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos gale-

ras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar, luego luego, al arráez y á los demas que en el bajel habia cogido, que serian hasta diez y seis personas, todos gallardos, moros los más, y los escopeteros turcos.

Preguntó el General quién era el arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español): «Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arráez»; y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años.

Preguntóle el General: «Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda á las capitanas! ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.»

Responder queria el arráez; pero no pudo el General por entónces oir la respuesta, por acudir á recebir al Virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

«¡Buena ha estado la caza, señor General! dijo el Virey.

—Y tan buena, respondió el General, cual la verá vuestra excelencia agora, colgada de esta entena.

—¿Cómo ansí! replicó el Virey.

—Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arráez del bergantin»; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte.

Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: «Dime, arráez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado?»

Á lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: «Ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres? replicó el Virey.

—Mujer cristiana, respondió el mancebo.

—¡Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos! Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspended, dijo el mozo ¡oh señores! la ejecucion de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida.»

¿Quién fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, á lo ménos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dijo que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa.

Con esta licencia, el mozo comenzó á decir desta

manera : «De aquella nacion, más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla; ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habiá nacido; y así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni ménos; mamé la fe católica en la leche, crióme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas, jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio.

»Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el

viaje se hizo amigo de los dos tios mios, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno.

»Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que le cegase mi hermosura, y no su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que don Gregorio corria; porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso, que una mujer, por bellísima que

sea. Mandó luego el Rey que se le trujesen allí delante para verle; y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian.

»Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buen hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre; vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo disignio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero), se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren.

»Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español (señalando al que habia hablado primero), del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver á Berbería; la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de más

que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron correr esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen.

»Anoche descubrimos esta playa, y hoy, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Éste es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido causante de la culpa en que los de mi nacion han caido»; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban.

El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la moza ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el Virey; y apénas dió fin á su plática la mo-

risca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo : «¡Oh Ana Félix, desdichada hija mia! yo soy tu padre, Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma.»

Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo; y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al General y al Virey : « Ésta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre : Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quién nos albergase y recogiese; y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de unos alemanes, á buscar mi hija y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y agora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija : si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. »

Entónces dijo Sancho : «Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana

Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto.»

Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo: «Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron»; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía habia sido la suya: hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del Renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase

cuánto le fuese posible; que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido.

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discrecion; porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla.

Dijo Don Quijote á don Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia más de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gaiféros con su esposa Melisendra.

«Advierta vuesa merced, dijo Sancho, oyendo esto, que el señor don Gaiféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, si no es para la muerte, respondió Don Quijote; pues llegando un barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

— Muy bien lo pinta, y facilita vuesa merced, dijo Sancho, pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. »

Don Antonio dijo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería.

De allí á dos dias partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedia; y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: « Insigne caballero, y jamas como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria; vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú

la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio.»

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: «Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido, aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mias me contento, tales cuales ellas son. To-

mad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.»

Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al Visorey, y que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban y Sancho, al tiempo cuando Don Quijote volvia las riendas á Rocinante, para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: «Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense.»

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo con una peligrosa caida.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero, y áun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.»

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le

fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla.»

Todo esto oyeron el Visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas proezas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quién fuése el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien, y áun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recebirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio; que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese.

Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: «Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido, uno he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño; poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor. Y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido), era que se volviese

á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido, y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dején las sandeces de la caballería.

—¡Oh señor! dijo don Antonio; Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que

no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.»

El cual respondió que ya, una por una, estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndole ofrecido á don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél; y hechas liar sus armas sobre un macho luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis dias estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento.

Consolábale Sancho, y entre otras razones, le dijo: «Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más malparado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de

ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algun condado que darte.

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo; que siempre he oido decir que más vale buena esperanza que ruin posesion.»

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: «Albricias, señor Don Quijote; que don Gregorio, y el Renegado que fué por él, está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aqui al momento.»

Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo: «En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable! ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por tí, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se

quiera estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora, para recebir á don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.»

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el Renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el Renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que sacó consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el Renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberálmente, así al Renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y re-

concilióse el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí á dos dias trató el Visorey con don Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

«No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática; no hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Majestad el cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Árgos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raíz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada

de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heroica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

— Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo don Antonio. Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio; y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.»

El Visorey consintió en todo lo propuesto; don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á Ana Félix; pero, teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de don Antonio y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caida no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos, si los queria, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino; Sancho á pié, por ir el Rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: «Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamas levantarse.»

Oyendo lo cual Sancho, dijo: «Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora, que soy escudero de á pié, no estoy triste; porque he oido decir que ésta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blan-

ca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme; y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi retirada. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar á pié y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

...Nadié las mueva,
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

— Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado.

— Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardon.

— Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho; porque, segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen más de lo justo.»

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y áun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto dia, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando.

Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo: «Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

— Sí diré, por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

— Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazon Sancho, ántes que Don Quijote respondiese; y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio.»

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores (que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya): «Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque, si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—¡Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo! Pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en

vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar más que de paso. »

Y así, dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados el haber visto y notado, así su extraña figura como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dijo : « Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe de ser el amo! Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando ménos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano ó con una mitra en la cabeza. »

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié; el cual, como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho (que no alcanzaba á más), le dijo con muestras de mucha alegría : « ¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo! que todavía se está en él con mi señora la Duquesa.

—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosílos, el lacayo del Duque, mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez.

—¡Válame Dios! dijo Don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno, replicó el cartero; que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tán lacayo Tosílos entré en la estacada, como Tosílos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento; pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque, mi señor, me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosílos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es

encantado, y este Tosílos contrahecho : quédate con él, y hártate; que yo me iré adelante poco á poco, esperando á que vengas.»

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamiéron el pliego de las cartas, sólo porque olía á queso.

Dijo Tosílos á Sancho : «Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo, debe! respondió Sancho : no debe nada á nadie; que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora, que va rematado, porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.»

Rogóle Tosílos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello; y levantándose, despues de haberse sacudido del sayo y las barbas las migajas, antecogió al Rucio, diciendo «á Dios», dejó á Tosílos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote ántes de ser derribado, muchos más le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel, le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosílós.

«¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste á ese Tosílos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora? ¿si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí, señor! ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos!

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor á

las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quisome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente, señales todas de que me adoraba; que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos; y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, empero, de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes (que vea yo comidas de lobos), que quieren guardarse ántes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora.

— Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados; que es como si dijésemos: « Si os duele la cabeza, untaos las rodillas. » Á lo ménos, yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

— Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio.»

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho: «Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrémos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y áun esquinado tal género de vida; y más, que no la ha de haber áun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y áun quiera Dios no le venga en voluntad

al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote; y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon; el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso; al Cura, no sé qué nombre le pongamos, si no es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes... como entre peras, podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas y qué de rabeles! Pues ¿qué, si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.

—¿Qué son albogues? preguntó Sancho; que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida.

—Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hacen un són, si no muy agradable ni armónico, que no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*, conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos más, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*; *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues; y hanos de ayudar mucho á poner en perfecion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collar de poeta, y que las tenga tambien Maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los más de su oficio son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia, tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon, de desdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que él más puede servirse; y así andará la cosa, que no haya más que desear.»

Á lo que respondió Sancho: «Yo soy, señor,

tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica, mi hija, nos llevará la comida al hato... Pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples; y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazon que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y, castígame mi madre, y yo trómpogelas.

—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: «Dijo la sarten á la caldera: quítate allá, ojinegra.» Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los

guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto; y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.»

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de don António Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia ni siempre de noche; y así, pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados.

Los de Don Quijote le desvelaron de manera,

que despertó á Sancho y le dijo : «Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea ; y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

— Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo de azotarme; que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

— ¡ Oh alma endurecida ! ¡ oh escudero sin piedad ! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consi-

deradas, las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año; que yo *post tenebras spero lucem*.

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente, moneda general, con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto! Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: «no con quien naces, sino con quien paces.»

—¡Ah, pesia tal! replicó Sancho: señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes; que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.»

En esto estaban, cuando sintieron un sordo

estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. Dé punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos; á lo ménos al uno, que al otro... ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando, no sólo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al Rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos soeces y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran.

Don Quijote le dijo : « Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que, un caballero andante vencido, le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.

—Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir; que yo nací para velar: en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

—Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere; que yo dormiré cuanto pudiere»; y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase.

Don Quijote, arrimado á un tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso;

Más en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza; y no le paso.
Así el vivir me mata,
Y la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condición no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon gemia, traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros, miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y áun más adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde, vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de Don Quijote y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra.

Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: «Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos.»

Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á

pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callasen, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban ó qué querian; pero apénas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apénas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al Rucio ni más ni ménos, como si hablar quisiera.

Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: «Caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros»; y otros nombres semejantes á éstos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo.

Sancho iba diciendo entre sí: ¡Nosotros tortolitas! ¡nosotros bárbaros ni estropajos! ¡nosotros perritas, á quien dicen *cita, cita!* No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!»

Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar, con cuantos discursos hacia, á qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de

la noche, á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. «¡Válame Dios! dijo, así como conoció la estancia; y ¿qué será esto! Sí; que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos, el bien se vuelve en mal, y el mal en peor.»

Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y, junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que, á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte.

Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda, de diversas y odorífe-

ras flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trujeron los presos, sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el Duque y la Duquesa, sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto, que estaba sobre el túmulo, era el de la hermosa Altisidora!

Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio; y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida.

Mirábase Sancho de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero, como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: «Áun bien que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan.» Mirábale tambien Don Quijote; y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un són sumiso y agradable de flautas, que, por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo viento guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al parecer, cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al són de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

«En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
»Y áun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

— No más, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes; no más, cantor divino; que seria

proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite! pues sabes todo aquello que en los inexorutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y declára lo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.»

Apénas hubo dicho esto Mínos, juez compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto, dijo: «Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y con doce pellizcos y seis alfilerazos sus brazos y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora.»

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: «¡Voto á tal! así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hala de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus.

— Morirás, dijo en alta voz Radamanto. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio; y sufre

y calla, pues no te piden imposibles; y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis.»

Parecieron en esto (que por el patio venian) hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa.

No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: «Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego; que yo lo llevaré en paciencia, y serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo.»

Rompió tambien el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho: «Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.»

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.

«Ménos cortesía y ménos muda, señora dueña, dijo Sancho; que por Dios, que traeis las manos oliendo á vinagrillo.»

Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohino; y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: «¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!»

En esto Altisidora, que debia de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: «Viva es Altisidora, Altisidora vive.» Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba.

Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: «Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo, donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera.»

Á lo que respondió Sancho: «Esto me parecé argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. ¡Bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes! No tienen más que hacer, sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí

no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda.»

Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: «Viva Altisidora, Altisidora viva.»

Levantáronse los Duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos, con Don Quijote y Sancho, fueron á recebir á Altisidora y á bajarla del túmulo, la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los reyes; y mirando de traves á Don Quijote, le dijo: «Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, más de mil años; y á tí ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, que si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias.»

Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra; que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarian; que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á la que ellos ya se sabian.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua; y viniérale más á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado.

Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apénas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: «¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche! Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, cuando por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.

—Muriérase ella en hora buena cuándo quisiera y como quisiera, respondió Sancho; y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay

encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas.

—Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe.»

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco cuándo el Caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó, pues, al castillo del Duque,

que le informó del camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, le dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la Duquesa, su mujer, habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase (que le venciese ó no), se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvia á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el cual tiempo podia ser, dijo el Bachiller, que sanase de su locura; que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote; y haciendo tomar los caminos (cerca y léjos del castillo, por todas las

partes que imaginó que podria volver Don Quijote) con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, y dieron aviso al Duque, el cual, ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia. Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia, y no la gana de levantarse; aunque las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote.

Altisidora, en la opinion de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna.

Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: «Cuando las

mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas: apretada, vencida y enamorada, pero con todo esto, sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi sentimiento, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno; que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

—La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara una por una, no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más lar-

gas, en las cuales tenian unas palas de fuego. Y lo que más me admiró fué, que les servian, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian.

— Eso no es maravilla, respondió Sancho; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

— Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entónces), y fué, que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez; y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: «Mirad qué libro es ese.»

»Y el diablo le respondió: «Esta es la *Segunda Parte de la História de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas.

»— Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno; no le vean más mis ojos.

»— ¿Tan malo es? respondió el otro.

»— Tan malo, replicó el primero, que si, de propósito, yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara.»

» Prosiguieron su juego, peloteando otros libros;

y yo, por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.

—Vision debió de ser verdadera sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo; y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando, como cuerpo fantástico, por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquèl de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.»

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: «Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de què hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios, ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera. me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.»

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: «¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensais, por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto

por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejante camello habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

— Eso creo yo muy bien, dijo Sancho; que esto del morirse los enamorados es cosa de risa. Bien lo pueden ellos decir, pero ¡hacer! créalo Judas.»

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo: «Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.»

Don Quijote le respondió: «Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos.»

El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche ántes.

«Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque, ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?

— No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico; que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética.»

Responder quisiera Don Quijote, pero estorbá-

ronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verlos, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora.

Él le respondió: «Señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y contínua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágines de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer, y éste es mi consejo.

—Y el mio, añadió Sancho; pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas... más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo; pues miéntras estoy cavando, no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos.

—Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca; que la sabe hacer por extremo

—No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio; pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y, con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar.»

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento.

«Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara.»

Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora; aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba

nadá alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo un dia á su amo: «En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físico que, con matar al enfermo que cura, quiere ser pagado de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias; que el abad, de donde canta yantá; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.

—Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios.»

Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y

las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: «Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.

—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos azotes; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren en la cuenta estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno (que no llevaré ménos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trecientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y ¡cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias

que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina; que porque la abrevies, te añado cien reales.

— ¡Cuándo! replicó Sancho: esta noche sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto; que yo me abriré mis carnes.»

Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ánsia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado y que el dia se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan con el tiempo la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos lozanos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas.

Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: «Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te die-

res. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion mereçe.

— Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho : yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela ; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. »

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes.

Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della; y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

« Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote ; que yo doblo la parada del precio.

— Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes. » Pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma.

Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo : « Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo ; que no se ganó Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado : bastan por agora ; que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor, respondió Sancho. No se ha de decir por mí: «á dineros pagados, brazos quebrados.» Apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y áun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate; que yo me aparto.»

Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: «Aquí morirá Sanson y cuantos con él son.»

Acudió Don Quijote luego al són de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: «No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos. Espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora; y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas; que estoy sudando, y no querria resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro.»

Hízolo así Don Quijote; y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron á proseguir su

camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que despues que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la robó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas: ella sobre una alta torre, cómo que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata ó bergantin, se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos.

Viendo lo cual Don Quijote, dijo: « Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya. Encontrara á aquestos señores yo, y ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con sólo que matara á Páris, se excusaran tantas desgracias.

— Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

—Tienes razon, Sancho, dijo Don Quijote; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor (ó escritor, que todo es uno), que sacó á luz la historia deste nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió á lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: *Dé donde diere*. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto.

—Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querria que fuese entre árboles; que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que, para que tomes fuerza, lo hemos de guardar para nuestra aldea; que, á lo más tarde, llegaremos allá despues de mañana.»

Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el

peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

«No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote; que parece que te vuelves al *sicut erat:* habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es ésta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré, si pudiere»; y con esto, cesó por entónces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Casi todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo, con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: «Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.»

Oyendo esto Don Quijote, le dijo á Sancho: «Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda Parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser, respondió Sancho: dejémosle apear; que despues se lo preguntaremos.»

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de Don Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano; y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: «¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre?»

Y Don Quijote le respondió: «Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced ¿dónde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero, dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

— Mi nombre es don Álvaro Tarfe», respondió el huésped.

Á lo que replicó Don Quijote: «Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero; y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease

las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traia, respondió don Álvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan. Y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios, que lo creo, respondió don Álvaro; porque más gracias habeis dicho vos, amigo, en

cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas: más tenia de comilon que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mio.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo, para prueba de lo cual, quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes, por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se habia hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de largo á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste

lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda Parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuesa merced conoció.

— Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Álvaro; puesto que cause admiracion ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

— Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y ¡ pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno!

— No entiendo eso de azotes, dijo don Álvaro »; y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mismo camino.

Llegóse en esto la hora de comer : comieron juntos Don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocia á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada : *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por* un tal *de*

Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el Alcalde proveyó jurídicamente; la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debia hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostraran claro la diferencia de los dos Don Quijotes y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que habia de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á don Álvaro, el cual, abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas; que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil

y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo; y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea, su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: « Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien á tu hijo Don Quijote; que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

— Déjate desas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.»

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: «No te canses, Periquillo; que no la has de ver en todos los dias de tu vida.»

Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho: «¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, «no la has de ver en todos los dias de tu vida?»

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote: ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?»

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del Rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum;* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la re-

gala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?»

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho «no la verás más en toda tu vida» que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida.

Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote, diciendo: «Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos (segun que yo imagino, aunque tonto) que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y áun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.»

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela Don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al Cura y al Bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el Rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la más nueva transformacion y adorno con que se vió jamas jumento

en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente, y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento y acudieron á verle, y decian unos á otros: «Venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza más galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer dia.» Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del Cura y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al Ama y á la Sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni ménos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica, su hija, acudió á ver á su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: «¿Cómo venis así, marido mio! que me parece que venis á pié y despeado, y más traeis semejanza de desgobernado que de gobernador.

—Calla, Teresa, respondió Sancho; que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa; que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí; que como quiera que los hayais ganado, no habreis hecho usanza nueva en el mundo.»

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia

algo; que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya, en poder de su Sobrina y de su Ama y en compañía del Cura y del Bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros; que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores; y que les hacia saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde.

Díjole el Cura que los dijese.

Respondió Don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz; y el Bachiller, el pastor Carrascon; y el Cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero, porque no se les fuese otra vez del

pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva invencion y aprobaron por discreta su locura; ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio. «Y más, dijo Sanson Carrasco, que (como ya todo el mundo sabe) yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no se retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde, respondió Don Quijote; puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad, dijo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen.»

Á lo que añadió Sanson Carrasco: «Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarílis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del

nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucía, Lucinda; que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina.»

Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto, se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud y con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la Sobrina le dijo: «¿Qué es esto, señor tio! Ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas! Pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas.»

Á lo que añadió el Ama: «Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aire, la lluvia y los lodos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: áun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cuarenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menu-

do, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima, si mal le fuere.

—Callad, hijas, les respondió Don Quijote; que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho; que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra.» Y las buenas hijas (que lo eran sin duda), Ama y Sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrar-

le, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que ¡mal año para cuantas Sanázaro habia compuesto! y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su Ama, su Sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, más de seis horas, tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se habia de quedar en el sueño.

Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.»

Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tio, y pareciéronle más concertadas que él solia decirlas, á lo ménos en aquella enfermedad, y preguntóle: «¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

— Las misericordias, respondió Don Quijote, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga aficion y contínua leyenda, los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento.» Pero de este trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apénas los vió Don Quijote, cuando dijo: «Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puse con haberlas leido; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.»

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia toma-

do. Y Sanson le dijo: « Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso! Y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño! Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déjénse burlas aparte, y óiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.»

Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas.

Acabóse la confesion, y salió el Cura, diciendo:

«Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.»

Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de Ama y Sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hicieron reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato; y por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian.

Entró el escribano con los demas; y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: «Item, es mi voluntad que... de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene... que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y tomares... quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobraren algunos, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga. Y si como, estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece.» Y volviéndose á Sancho, le dijo: «Perdóname, amigo, la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer

en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más, que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

—Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano.

»Item, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menéster para cumplir las

mandas que dejo hechas; y la primera satisfacion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi Ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido.

»Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes.

»Item, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

»Item, suplico á los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que, sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»

Cerró con esto el testamento; y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres dias, que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comia la Sobrina, brindaba el Ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto.

En fin, llegó el último de Don Quijote, despues de recebidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu... quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de Don Quijote, y los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: « Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero ántes que á tí lleguén, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero; porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio: á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera Parte y salida nueva; que para hacer burla de

tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos; y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere.» Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseába; pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.

FIN DEL TOMO CUARTO.

NOTAS Y APÉNDICES.

NOTAS.

1 *Página 2, líneas 2 y 3.*

« Esta clavija que sobre el cuello trae puesta *el caballo.* »

Faltan en la primera edicion las dos palabras *el caballo*, que se han suplido aquí, pareciéndome casi tan necesarias como la palabra *caballero*, suplida en las ediciones modernas, que falta en la primera tambien, despues de *Suba sobre esta máquina el*... (Véase la primera página.)

2 *P. 3, casi al medio.*

« Y pues vos sabeis *y* sé yo. »

En la primera edicion : « Y pues vos sabeis *que* sé yo. »

3 *P. 4, l. 6.*

« A lo que respondió *la* Trifaldi. »

Primera edicion : « A lo que respondió Trifaldi. »

4 *P. 4, línea última.*

« *Empreñada* me ves, y ¡ doncellez me demandas ! »

« *En priesa* me ves », etc., dice la primera edicion.

Perdónese la variante, que si es libre, tambien parece propia. En el siglo XVII no lastimaban la decencia expresiones de este linaje. En el capítulo III de esta Segunda Parte dice Sanson Carrasco de la Primera, «que no se descubre ni por semejas en ella una palabra deshonesta.» Allí, sin embargo, anda Maritórnes en malos pasos, y la trata el ventero segun merece. No se consideraban ofensivos á la honestidad ciertos nombres, nada raros en este libro.

5 P. 10, *l.* 8 *y* 9.

«Dió *ántes* con Don Quijote y Sancho Panza en el suelo.»

Asi hay que entender este lance, aunque en la primera edicion no se halla el adverbio. Los Duques no podian querer, ni habian de consentir, que volasen con pólvora, y en su presencia ménos, á Don Quijote y á Sancho Panza. Se dice en el texto que Clavileño *voló por los aires* y *bajó por los aires ardiendo;* no se dice que volara con las dos personas que sobre la espalda tenia. La Trifaldi habia tambien asegurado á Don Quijote que no le sucederia daño ninguno: débese creer que estaria construido el caballo con las precauciones indispensables. Desarmaríase al darle fuego, volarian la cabeza y las manos, y faltando el apoyo de éstas, caeria hácia atras el cuerpo con Don Quijote y Sancho.

6 P. 17, *l.* 1 *y* 2.

«Bástame tener *á Christus* en la memoria.»

Primera edicion: «Bástame tener *el Christus* en la memoria.»

Como dice el Duque á Sancho que *no podrá errar con tan buena memoria*, parece que habla Sancho, no del alfabeto, que principiaba ántes con una cruz; no del *Christus*, sino de *Cristo*, Nuestro Señor.

7 P. 19, *l.* 12 *y siguientes.*

«Si tomas por *mira* (léase *madre*) á la virtud... no hay para qué tener envidia á los que *nacieron* principes y señores.»

Primera edicion: «Si tomas por *medio* á la virtud... no

hay para qué tener envidia á los que *los tienen* príncipes y señores.»

8 *P.* 20, *l.* 1.

« *A* tu *no quiero*, de capilla.»

Primera edicion : « *Del* no quiero de tu capilla.»

Se alude al refran : « No quiero, no quiero; mas echádmelo en la capilla.» Parece que Don Quijote aconseja á Sancho se libre de tener mujer que reciba las ilícitas dádivas que él rehusare. En este supuesto, la frase de Cervántes habrá de ser : « No tomes tal consorte, que sirva de capilla á tu *no quiero*,» ó « *de tu no quiero*».

9 *P.* 22, *l.* 5 *y siguientes.*

« En *esto* de los *primeros* y segundos documentos... puso su discrecion y *cordura* en un levantado punto.»

Primera edicion : « En *esta* destos segundos documentos... puso su discrecion y *su locura* en un levantado punto.»

Nada hay de *locura* en las primeras ni en las segundas instrucciones de Don Quijote á Sancho; y áun las primeras valen más que las posteriores, por lo cual es muy de extrañar que se mencionen las segundas, y no las primeras. Quizá escribió Cervántes : « En esto de los *sesudos* documentos », y en la impresion estamparon *segundos*.

10 *P.* 22, *l.* 15, *contando desde la última de la plana.*

« Como si aquel *excedente* y añadidura.»

Se trata de uñas largas, y á esta excesiva longitud se llama en la primera edicion *excremento*. Escribiría Cervántes *crecimiento*, *excrescencia*, *exceso*, *excedente*, ú otra voz así; pero *excremento*... parece harto poco probable.

11 *P.* 24, *l.* 9.

« *Por eso...*»

Texto ordinario : « *Pero.*»

12 *P. 24, líneas antepenúltima y penúltima.*

« A unos hace caballeros, á otros *caballerías*.»

Las demas ediciones : « *Caballerizas*.»

13 *P. 27, l. 14.*

« Se me ofrecen *tres*.»

Y en efecto, son *tres* los refranes que dice Sancho en seguida, no *cuatro*, como se lee en la primera edicion.

14 *P. 29, principio del capítulo.*

« Dicen que *lo que* en el propio original de esta historia se lee, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no *lo* tradujo su intérprete como él lo habia escrito.»

En la primera edicion : « Dicen que en el propio original desta historia se lee *que* llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le habia escrito.»

Sabido es que el autor y el traductor del *Quijote* son en realidad una misma persona; pero fingiendo que fueron dos, ocurre pensar que si en el original de Cide Hamete pudo escribir el traductor lo que le pareciera, no seria cuando llegaba Cide Hamete á escribir el capítulo. Se ha variado por eso levemente la cláusula, para darle un sentido que no repugne, como haria Cervántes.

15 *P. 31, l. 1 y 2.*

« *A la otra tarde* enviaron á Sancho.»

« *Aquella tarde* », se lee en la primera edicion, y disuena, porque ántes (página 16 de este tomo) habia dicho el Duque á Sancho : « *Mañana* habeis de ir al gobierno ; » y áun habiendo de ser á otro dia el viaje, se le califica luego (página 17) de acelerado, y no se da razon para que se hiciese con mayor celeridad todavía. Lo que más naturalmente se infiere de la narracion de Cervántes es que, dados por Don Quijote á Sancho los consejos ántes de comer, el dia siguiente á la noche en que fué Clavileño abrasado, al otro dia, despues de co-

mer, salió Sancho del castillo, y haciendo noche en el camino, llegó á su ínsula otro dia por la mañana.

16 *P. 33, l. 7 y 8, contando desde la última.*

« Que yo *pongo*... y no quiero... »

Las demas ediciones : « Que yo *ponga*... y no quiero... »

Debe ser *pongo*, porque no se trataba de uso nuevo; dice á continuacion Don Quijote : « No quiero perder esta *costumbre*. »

17 *P. 38, l. 7 y 8.*

« Y en esto *sintiose* tocar una arpa suavisimamente. »

La primera edicion : « Y en esto *sintió* tocar una arpa suavisimamente. »

Las ediciones modernas : « Y en esto *comenzó á* tocar una arpa suavisimamente. »

Nuestra edicion sólo se diferencia de la primitiva en la añadidura del afijo *se*.

18 *P. 40, verso* 11.

« Los cabellos como *el oro*. »

« Como *lirios* », dicen las demas ediciones. « Como *el oro* », ó quizá « como *lino* », escribiria nuestro Cide.

19 *P. 40, l. 2 y 3 despues de los versos.*

« Comenzó *á ser mayor* el asombro del requerido Don Quijote. »

Primera edicion : « Comenzó el asombro. »

No comenzó aquí, puesto que ántes Don Quijote *quedó pasmado*. (V. pág. 38 de este volúmen.)

20 *P. 41, l. 2 y 3 del capítulo.*

« Meneo dulce de las cantimploras. »

Llamar al sol *meneo dulce de las cantimploras* porque su calor produce la sed y obliga á beber, no es propio de Cervántes. O hay aquí una errata grosera, ó es ése un verso de otro autor, y lo puso aquí Cervántes para ridiculizarlo.

21 *P. 43, l. 10 y sus inmediatas, contando desde la última.*

« Pase adelante con su *pleito* el señor mayordomo; que yo *sentenciaré* lo mejor que supiere.»

Léase, como trae la primera edicion: « Pase adelante con su *pregunta* el señor mayordomo; que yo *responderé*.»

22 *P. 45, línea última; p. 46, l. 1.*

« Lo que *el otro* pedia.»

Texto corriente: « Lo que *pedian*.»

23 *P. 49, l. 12 y 13.*

« Yo y este *honrado* labrador.»

Primera edicion: « Yo y este *hombre* labrador.»

24 *P. 49, l. 13 y 14, contando desde la última de la plana.*

« Él debióse de imaginar, á lo que yo *imaginé*, é imaginé bien.»

La primera edicion: « A lo que yo *imagino*.»

25 *P. 50, l. 5.*

« Cinco *caperucicas*.»

Las demas ediciones: « Cinco *caperuzas*.»

Cervántes, que tan admirable y fácilmente lo pintaba todo, no pudo, en mi concepto, omitir una voz que indicase el tamaño de las caperuzas, ántes de las palabras *puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano*. Creo firmemente que escribiría en su original el diminutivo de *caperuza*, ó que si empleó este vocablo en efecto, lo acompañaria del adjetivo *tamañitas* ú otro.

26 *P. 50, l. 1 y 2 del último párrafo*

« Si la sentencia *pasada* de la bolsa del ganadero movió á admiracion...»

En todas las demas ediciones, la primera sentencia de Sancho es la de las caperuzas, va luego la de los cien escudos, y

ocupa el último lugar la del ganadero; no obstante, despues de haber mandado el Gobernador que fuesen entregadas las caperuzas á los presos de la cárcel (sin duda para que las vendieran como juguete de muchachos), traen la primera y las demás ediciones las palabras notadas arriba: «Si la sentencia *pasada* de la bolsa del ganadero...» De tal pleito y sentencia no se habia dado razon: con que aquella cláusula no está en su lugar. Evidentísimamente aparece que habiendo Cervántes escrito los tres juicios en el órden ya dicho, reparó que el de la cañabeja, como capaz de producir mayor suspension, debia preceder á todos, venir despues el de la *esforzada y no forzada*, y al fin el del sastre: con este propósito, y quedando conforme á él ántes el pleito de la mujer, corrigió Cervántes su manuscrito, escribiendo oportuno: «La sentencia *pasada* de la bolsa del ganadero.» No hubo de ser entendida la señal para el cambio, y, contra la manifiesta voluntad del autor, se imprimió el texto mal, dándose por cosa *pasada* lo que todavía estaba por venir. Aquí, retirado á su lugar el trozo antepuesto, se lee lo que se llama *pasado* despues que pasó.

27 *P. 50, línea última.*

«*Alborotado.*»

Texto ordinario: «*Alborozado.*»

Ordinariamente usa Cervántes el adjetivo *alborozado* con la significacion de *contento*. Don Quijote no quedó *contento* de la música de Altisidora, sino *despechado y pesaroso*. (V. el fin del cap. XLIV, pág. 41.)

28 *P. 52, l. 6 y 7, contando desde la última de la plana.*

«En sabrosas pláticas con Don Quijote.»

En la primera edicion sigue esto: «Y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo (que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea) á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio

de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase.»

Casi con las mismas palabras vuelve Cervántes á contar el despacho del paje en el capítulo L, pero en diferente dia, porque la primera vez se dice que la Duquesa despachó al paje ántes de la aventura de los gatos, y luego aparece que fué despues del vapuleo de Doña Rodriguez: una de las dos relaciones debió ser excluida, ó concertarse ambas. Aunque se ha omitido en esta edicion el trozo correspondiente á este capítulo XLVI, mejor examinado el punto, nos ha parecido que el paje debia ir cuanto ántes á Argamasilla, porque tal viaje de ida y vuelta necesita bastante tiempo.

Rogamos, pues, á nuestros lectores tengan por incluidas en la página 52 las pocas líneas, que á fin de concordar la redaccion contradictoria del caso á que nos referimos, hemos impreso en la otra edicion. Son éstas:

« Y la Duquesa, prosiguiendo en su intencion de burlarse y recibir pasatiempo, aquel dia despachó á un paje suyo (que habia hecho en la selva la figura de Dulcinea).» El resto como en el trozo ántes copiado.

29 *P. 53, último verso del romance.*

« Y *hasta el cielo* los levanta.»

Primera edicion: « Y *asimesmo* los levanta.»

Poco parece, despues de haber dicho que hace milagros el amor, añadir que *levanta á los amantes. Hasta el cielo*, ó bien *á su cielo*, parece más propio de Benengeli.

30 *P. 55, l. 1 y siguientes.*

« Abriendo con llave maestra, *entraron con luces*, y vieron al pobre caballero... *Viendo* la desigual pelea, acudió el Duque á despartirla.»

Primera edicion: « Abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero... *Entraron con luces*, y vieron la desigual pelea.»

Parece que Cervántes escribiria primero *entraron con luces*, y luego, como consecuencia natural, *vieron*.

31 *P. 61, penúltima línea de la carta.*

« A 26 de *Julio* (léase 25).»

Primera edicion : « A 16 de *Agosto*.»

Adoptada la fecha de la carta de Sancho, 20 de *Julio*, y viéndose por la narracion que la carta del Duque fué escrita tres dias despues, hubo de serlo en 23 del propio Julio, no en 16 de Agosto. (V. el *Diario de los viajes y aventuras de Don Quijote*.)

32 *P. 62, l. 6 y 7.*

« Tendré cuidado de *servirla* con todo lo que mis fuerzas alcanzaren.»

Texto ordinario : « *Escribirla*.»

Puede creerse que el original de Cervántes diria *servirla*. (Clemencin.)

33 *P. 65, al medio.*

« La quiero bien, no me parece mal.»

Léase : « *y* no me parece mal.»

34 *P. 67, al medio.*

« Aun no há *medio dia* que tengo el gobierno.»

Texto corriente : « Aun no há *dia y medio*.»

Sancho habia tomado posesion aquella mañana.

35 *P. 70, línea última del penúltimo párrafo.*

« Todo incitativo *mensaje*.»

Texto ordinario : « Todo incitativo *melindre*.»

Debe ser *mensaje*, porque Don Quijote ha hablado ántes de *tercería* y *recado amoroso*; y doña Rodriguez responde: «¡Yo *recado* de nadie! »

36 *P. 72, línea antepenúltima.*

« Con *la mesma ceremonia*.»

Texto ordinario : « Con *las mesmas ceremonias*.»

Al dar doña Rodriguez la mano á Don Quijote, no precedió

más que una ceremonia, la de besarse primero la dueña la mano que daba.

37 *P.* 73, *l.* 4 *y* 5.

« No quitándose los antojos ni *soltando* la vela.»

La primera edicion : «No quitándose los antojos ni la vela.»

Quizá seria mejor : « ni *de la mano* la vela.»

38 *P.* 74, *l.* 7.

« Hombre ya *entrado* en dias.»

Las demas ediciones : « Hombre ya en dias.»

En el capitulo LIV, página 137 de esta edicion, se dice del morisco Ricote que *ya era hombre entrado en años*. Más cerca de aquí, en la página 80, se lee tambien : « Manos de ternera, algo *entrada* en dias.»

39 *P.* 74, *á la mitad.*

« Murió mi esposo de un cierto *encuentro* que tuvo.»

Primera edicion : « De un *espanto*.»

Por la relacion de doña Rodriguez se ve que su marido, llevando á su señora á las ancas de su caballo, se encontró con un alcalde de córte, se empeñó en acompañarle, su señora, enojada, le pinchó con un alfiler, derribó él á su ama, le despidió ella, y él murió de pesar. *Encuentro, empeño, pesar* y *escrúpulo* pueden ponerse en boca de doña Rodriguez aquí mejor que *espanto*.

40 *P.* 79, *l.* 5 *del capítulo que allí principia.*

« Maguera tonto, bronco y *rústico*.»

Texto ordinario : « Maguera tonto, bronco y *rollizo*.»

Porque fuese *rollizo*, no se defenderia Sancho peor de las burlas que se le hicieran.

41 *P.* 80, *al medio.*

« Todavia *le* llegó *el* (tiempo) por él (Sancho) tanto deseado.»

La primera edicion : « Todavia *se* llegó por el tanto deseado.»

42 P. 81, *al medio.*

« El... modo de gobernar que... vuesa merced ha *usado.*»
La primera edicion: «El modo que vuesa merced ha *dado.*»

43 P. 82, *casi al medio.*

« *Aquella* noche, *ya cenado* el Gobernador...»
Texto ordinario: « *Llegó la* noche *y cenó* el Gobernador.»
Habia ya cenado.

44 P. 85, *á poco más del medio.*

« ¿Qué oficio tienes? — Tejedor. — Y ¿qué tejes? — *Hierros* de *lanzas.*»

Así dicen tódas las ediciones, y las sigue la nuestra; nótese, sin embargo, que entre las várias operaciones que se puèden hacer con un *hierro de lanza*, ninguna se parece á la de *tejer*, siendo cierto, por otra parte, que hay tejidos de hierro. Para burlarse de Sancho y darle ocasion á echarla de juez, bastaba que el mancebo dijese primero que era *tejedor*, y añadiera despues que sus tejidos eran *de hierro.* Más propio de Cervántes fuera quizá leer *hilo de hierro*, *redes de monjas*, *redes de alambre*, *cotas de malla*, ó en fin, *hierros de rejas*, si se apetece un tejido más gordo. Las rejas muy espesas forman ciertamente una especie de entretejido.

45 P. 89, *l.* 1.

« *Ya* eso lleva camino.»
Texto ordinario: « *Aun* eso lleva camino.»

46 P. 89, *l.* 1 *y* 2 *del último párrafo.*

« Mi padre me ha tenido encerrada diez años.»
Texto corriente: « Diez años *há.*»

El encierro de la hija habia durado hasta aquella misma noche: no hubiera sido propio decir que habia estado encerrada *diez años habia*, porque era lo mismo que diez años *ántes*, y no se expresaba la continuacion del encierro.

47 P. 89, *línea penúltima.*

« No he visto *más* que el sol.»

Texto ordinario : « No he visto *que* el sol.»

Cuando hay tantos yerros de impresion en esta obra, no es justo suponer que Cervántes cometiese aquí un italianismo ó galicismo.

48 *P.* 93, *al fin.*

« Se acabó la ronda... y de allí *á unos* dias el gobierno.»

Primera edicion : « Y de allí á *dos* dias el gobierno.»

Más duró el gobierno de Sancho. Quizá pensó Cervántes de primera intencion que gobernara Sancho tres dias no más; luego varió de propósito. Se lee en la primera edicion una vez que Sancho pasó en su ínsula *siete* noches; se lee luego, y más de una vez, que fué gobernador por espacio de *diez* dias, tiempo algo corto para que el paje de la Duquesa fuera con comodidad hasta Argamasilla y volviese al castillo ántes que de su ínsula Sancho Panza. En esta edicion, sumando los siete dias con los diez, se dan diez y siete dias á la gobernacion de nuestro insigne escudero. Áun nos hemos quedado cortos, y mucho, si paramos la atencion en que la carta de Sancho á su mujer fué escrita en 20 de Julio; á los tres dias, esto es en 23 de Julio, tomó posesion de su cargo, y la carta del Duque, recibida por Sancho en la ínsula, tiene en la primera edicion la fecha de 16 de Agosto.

49 *P.* 95, *l.* 5 *y* 6.

« Y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion...»

La primera edicion dice aquí lo siguiente : « Y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con *Don Quijote*, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho con la ocupacion de su gobierno) á Teresa Panza, su mujer, con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados.»

En nuestra edicion grande, para concertar el texto de las dos páginas en que se trata del envío del paje al pueblo de Argamasilla, se ha impreso esto : « Contó la Duquesa al Duque

lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho... y aquí le pareció bien á Cide Hamete contar lo que sucedió despues que la Duquesa despachó al paje.» etc.

Los que juzguen temerarias estas alteraciones, consideren que los capítulos donde se cuentan los hechos de Don Quijote y de Sancho, desde el XLII al LV, ofrecen dificultades gravísimas de inteligencia, nacidas, al parecer, de que el autor varió de plan más de una vez cuando los escribia, pospuso y antepuso lances, y, fuese por no dejar las enmiendas bien claras, fuese por no haber hecho todas las convenientes, resultaron contradicciones en el impreso. Prueba de ello es haber escrito dos veces lo del envío del paje á la Mancha, y lo mismo indica alguna expresion que se halla en lo que de la primera edicion va copiado en la nota 28 y en ésta. Cuando se lee que la Duquesa despachó *real y verdaderamente* al paje, ocurre la sospecha de que falte algun trozo, donde se contaria algo que explicase por qué usó el autor esos dos adverbios, nada necesarios al texto segun ha quedado. Repárese tambien en estas palabras arriba incluidas: «La Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con *Don Quijote*, despachó al paje... á Teresa.» Claro está que no es del todo propio decir que para divertirse con el amo, se enviaba un propio á la mujer del criado; y en efecto, del tal viaje ninguna diversion resulta á la Duquesa con Don Quijote. Hubo de haber aquí, lo mismo que en otros lugares, tropiezos en el manuscrito, que léjos de allanarse, crecieron probablemente mucho en la impresion antigua, y pueden hasta cierto punto disculpar las libertades de la moderna.

50 *P. 99, l. 9, contando desde la última.*

«*Toda* es para ti.»

Texto ordinario: «*Todo.*»

51 *P. 101, l. 14 y 15.*

«Le *pidió* Sanson les dijese nuevas.»

Texto usual: «Le *preguntó* Sanson les dijese nuevas.»

52 *P.* 101, *l.* 6 *ántes de la última.*

«Que no *digo yo* el enviar á pedir.»

Las demas ediciones: «Que no *decia él* enviar á pedir.»

Habla el paje en primera persona: poco ántes ha empleado el propio *digo*, y poco despues dice *quiero*.

53 *P.* 103, *l.* 9.

«*Aventuras.*»

Léase: «*venturas.*»

54 *P.* 106, *l.* 4 *y* 5 *del capítulo.*

«El *coronista.*»

Texto ordinario: «El *mayordomo.*»

Seria el *coronista* quien escribiese al Duque lo que Sancho decia y hacia: para eso habia ido á la ínsula.

55 *P.* 106, *l.* 2 *y* 3 *ántes de la última.*

«Aquel dia *y otros, y uno dellos...*»

Primera edicion: «Aquel dia.»

Es necesario lo añadido, para indicar el transcurso del tiempo entre los hechos de Sancho correspondientes al primer dia de su gobierno, y el fin de él, próximo ya.

56 *P.* 107, *l.* 8.

«Qué juzgaban *por* la ley.»

Texto ordinario: «Que juzgaban *la* ley.»

57 *P.* 107, *al medio.*

«*Que* luego.»

Texto corriente: «*Y* luego.»

58 *P.* 108, *l.* 10.

«*Si* es así.»

Texto usual: «*Y* es así.»

Parece que se debe leer: «*Si* es así,» en sentido interrogativo, porque el mensajero contesta á Sancho: «Así es.»

59 *P.* 109, *l.* 7.

«Si supiera *mejor* firmar.»

La primera edicion : « Si supiera firmar.»

Si sabia, aunque mal : recuérdese lo que dice Sancho en el capítulo XLIII (pág. 26 de este tomo) :

« Aprendí á hacer unas letras *como de marca de fardo*, que decian que decían mi nombre.»

60 *P. 109, l. 9 y siguientes.*

« Precepto... que me dió mi amo..., *ántes* que viniese... á esta ínsula.»

En la primera edicion se lee : « *La noche* ántes.»

Don Quijote aconsejó á Sancho ántes de comer, no de *noche;* pero esta palabra fortalece nuestra opinion de que Sancho salió del castillo al otro dia de haber recibido los consejos de su señor, no el mismo dia por la tarde.

61 *P. 109, l. 6, contando desde la última de la plana.*

« *Una de aquellas* noches.»

Primera edicion : « *Aquella misma noche.*»

Para el debido concierto, para la inteligencia de la narracion, hay que alterar estas palabras aquí, ú otras en otra parte.

62 *P. 114, segunda division de párrafo.*

« *La primera noche que anduve* de ronda.»

Las demas ediciones : « *Anoche andando de ronda.*»

Véase lo que se dice en la nota anterior.

63 *P. 116, l. 9 y 10, contando desde la última de la plana.*

« Perdiese la *venta* por ello.»

En la primera edicion se lee : « Perdiese la *vida.*»

Son muy juiciosas las ordenanzas ó constituciones de Sancho, para admitir entre ellas una tan disparatada. Bastante pena era para un vinatero que aguase el vino, disponer que el consumidor no se lo pagara. *Vida* hubo de ser errata, en lugar de *venta.*

64 *P.* 122, *l.* 14.

«*Le* creyera.»

Léase: «*Lo* creyera.»

65 *P.* 127, *l.* 4 *y* 5.

«Sólo la vida humana
Corre á su fin, ligera más que el *viento*.»

«Más que el *tiempo*», se lee en la primera edicion. Está lleno el *Quijote* de versos, que debian ser conocidísimos en tiempo de Cervántes: en esta edicion, como en las demas, van impresos á manera de prosa.

66 *P.* 127, *casi al medio.*

«La *décimaséptima* noche.»

La primera edicion trae: «La *séptima* noche.»

Se imprime décima*séptima* por aprovechar algo aquí de la primera edicion. Los dias del gobierno de Sancho, segun se dice en el texto alguna vez, fueron ménos; segun aparece expresado en alguna otra parte, fueron más.

67 *P.* 133, *al medio.*

«Obligan á *desearlo*.»

Léase: «A *desearle*.»

68 *P.* 134, *principio del capítulo.*

«Resolviéronse el Duque y la Duquesa *en* que el desafío... pasase adelante.»

Primera edicion: «Resolviéronse... *de* que...», etc.

69 *P.* 134, *l* 4 *ántes de la última.*

«En el *coso*.»

Texto usual: «En el *caso*.»

70 *P.* 135, *líneas últimas ántes de la division de párrafo.*

«Sacó de sus alforjas *el* medio pan y medio queso... y *dióles dello*.»

Las demas ediciones : «Sacó... medio pan y medio queso, y *dióselo.*»

No se lo dió todo, porque más adelante (pág. 147) sacó Sancho de las alforjas un pedazo de pan, y se lo dió á su jumento.

Geld, *geld*, quiere decir : *dinero*, *dinero*. Esta voz del idioma aleman viene á pronunciarse en castellano *guelt*, no *guelte*, y mucho ménos *güelte*, como se ve impreso en diferentes ediciones. Muchos años há que oyó á su padre esta observacion quien la escribe.

71 *P.* 137, *l.* 13.

«Pan, sal, *cebollas...*»

Texto ordinario : «Pan, sal, *cuchillos.*»

En lugar de *cuchillos* imprimimos *cebollas*, porque para algo sacarian los peregrinos la sal : para lo demas que se sirvió en aquella comida, que se redujo á nueces, queso, huesos mondos de jamon, y *cabial*, parece que no se necesitaria como para la *cebolla*. El *cabial* se compone de huevos de esturion salados.

72 P. 143, *casi al medio del último párrafo.*

«Pedia la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora... y á fe que muchos tuvieron deseo de salir á quitársela en el camino *á su madre.*»

Primera edicion : «Pedia la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora, *su madre...* y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á *quitársela* en el camino.»

No se expresa á quién deseaban quitar *la hija :* se debe, no obstante, suponer que á *la madre*. De aquí se infiere que las dos palabras *su madre*, que van despues de *Nuestra Señora*, no se hallan en su lugar : allí no son del todo precisas, y luego son absolutamente necesarias.

73 P. 143, *línea antepenúltima.*

«Don *Gaspar* Gregorio.»

Don Gaspar Gregorio, ó simplemente *Don Gregorio*, se llama despues á este caballero; no don *Pedro*, como se le nombra en la primera edicion en este lugar.

74 *P.* 146, *l.* 2 *y siguientes.*

«No seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha, cuando decendió... á la cueva de... Montesinos... que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha.»

No expresó Don Quijote que le tuviesen á punto mesa ni cama en la cueva de Montesinos; todo al contrario: dijo que allí ni se comia ni se dormia. Sancho, ántes, apénas creia cosa de lo que le habia contado su señor con relacion á la tal aventura; Sancho ahora cree lo que su señor no le ha dicho. ¡Admirable conocimiento del corazon humano era el de Cervántes! ¡Admirable pintura del hombre, cuyo espíritu abate y confunde un grave peligro, una repentina desgracia!

75 *P.* 148, *l.* 12 *y* 13.

«Poco *ménos* de media legua.»

Al principio del capítulo LV se dice que Sancho llegó á *media legua* del castillo del Duque: parece por eso que debió escribir Cervántes aquí *ménos de media legua*, y no *más*, como se lee en la primera edicion. El punto donde se hallaba Sancho dentro de la cueva debia distar del castillo del Duque ménos aún que la boca por donde cayó.

76 *P.* 148, *l.* 13 *y siguientes.*

«Descubrió una confusa claridad, que *parecia ya* que por alguna parte *baja* entraba, y daba indicio de tener fin abierto...»

Primera edicion: «Descubrió una confusa claridad, que pareció *ser* ya *de dia*, y que por alguna parte entraba, *que* daba indicio de tener fin abierto...»

Se habia dicho ántes *vino el dia* y *entraba un rayo de sol:* parece, pues, que luego convenia decir que la luz del sol, ó

del ambiente, entraba en la cueva de modo que Sancho, viéndola de léjos, pudo figurarse que estaria allí la entrada ó salida del subterráneo. Y se equivocó por cierto en sus esperanzas.

77 *P.* 150, *al medio.*

«Caí... el Rucio *testigo*... pues, por más señas, está aquí conmigo.»

Primera edicion: «Caí... el Rucio *conmigo*... pues por más señas, está aquí conmigo.»

78 *P.* 151, *l.* 6 *y* 7.

«Finalmente, llevaron, como dicen, *sogas y gente*, y á costa de mucha y de mucho trabajo...»

Las demas ediciones: «Finalmente, como dicen, llevaron sogas y *maromas*, y á costa de mucha *gente* y de mucho trabajo...»

Si el *como dicen* se refiere al *finalmente* que va primero, parece por lo ménos rara esta locucion en un libro donde á cada paso la vemos; si es á *sogas y maromas* á lo que se refiere, la verdad es que se suele decir *sogas y gente* ó *sogas y manos*. Uno ú otro seria lo que habria escrito Cervántes.

79 *P.* 151, *casi al medio.*

«*Diez y seis* ó diez y siete dias há.»

Primera edicion: «*Ocho* ó *diez* dias há.»

80 *P.* 153, *l.* 6 *y* 7.

«Aunque pensaba hacer *muchas* ordenanzas provechosas, no hice *casi* ninguna.»

Primera edicion: «Aunque pensaba hacer *algunas* ordenanzas, *no hice ninguna.*»

Claro es que si escribió esto Cervántes, debió ser porque entónces creía que no debia dictar Sancho *constituciones*: hechas las que se han visto al fin del capítulo LI, necesita el texto ser entendido como se imprime en esta edicion. Cervántes hubo de añadir las *constituciones* despues de haber es-

crito el razonamiento en que Sancho dió cuenta de su gobernacion á los Duques.

81 *P. 153, hácia el medio.*

«En solos diez *y siete* dias.»

Primera edicion : «En solos *diez dias.*»

82 *P. 154, l. 5.*

«Mal *traido.*»

Texto ordinario : «Mal *molido.*»

83 *P. 159, l. 5 y 6 del tercer párrafo.*

«Dilatemos el casamiento quince dias *siquiera.*»

«*Sí quieren*», dice la primera edicion : el Duque, sin embargo, segun se refiere despues, no gustaba de tal casamiento, y lo hubiera dilatado áun contra el querer de Tosilos, de la dueña y la hija.

84 *P. 171.*

Se han puesto dos líneas de puntos suspensivos para manifestar que allí falta algo de la respuesta de Don Quijote. Pregunta Sancho : «¿Está España *abierta* y de modo que es menester cerrarla?» Don Quijote le responderia : «*Cerrar*, en esa locucion y en otras, quiere decir *acometer*. *Cierra*, *España*, es como si dijéramos : «Españoles, *acometed* á los enemigos.»

85 *P. 173, al fin.*

«Vista fué ésta, que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote; *y reparando en él las pastoras*, *la sorpresa* tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro.»

Dice la primera edicion : «Vista fué ésta, que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote, *hizo parar al sol en su carrera para verlas*, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro.»

Difícil es adivinar lo que Cervántes quiso decir aquí : me parece que no seria lo que hay en la primera edicion. En ella se dice que la vista de las dos zagalas *hizo parar al sol en su*

carrera para verlas: ¿nunca las habria visto ántes el sol, y mejor que entre árboles? ¿Pudo Cervántes aplicar esta ponderacion á figuras que apénas ocupan lugar en su libro? Continuemos. La vista de las pastoras admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote y paró al sol: aquí hay tres personas no más; ¿cómo se dice que tuvo en silencio á *cuatro?* Este número debe hacernos pensar que en el manuscrito del autor habria algo parecido á lo que va impreso en nuestra edicion: que Don Quijote y Sancho se quedaron suspensos con la repentina aparicion de aquellas hermosísimas jóvenes; que se sorprendieron ellas tambien de hallarse frente á frente con dos hombres, uno de ellos armado; y que ellos y ellas permanecieron mudos por unos instantes. Algun tropiezo más ofrece el texto de este capítulo.

86 *P. 179, l. 1 y 2 del segundo párrafo.*

«*Aquel dia y otro.*»

Palabras que faltan en la primera edicion, y que hace necesarias lo que luego se lee. Pronuncia dos veces Don Quijote su reto, llegan los toros y le atropellan; se levanta y se va de allí sin despedirse de las zagalas, incítale Sancho á que tome alimento, y él dice, afligido: «Cuando esperaba triunfos... me he visto *esta mañana* pisado.» Ahora bien, Don Quijote salió del castillo por la *mañana;* despues halló á unos labradores *comiendo;* á poco se encontró con las hermosas zagalas, y *comió* en su compañía: despues de *comer* ofreció sostener dos dias en el camino real que sus convidadoras eran las doncellas más hermosas del mundo: era, pues, entónces bien entrada la *tarde.* Ocurriendo la aventura de los toros por la *mañana*, de seguro no pudo ser en el mismo dia. Se han añadido por eso las palabras *aquel dia y otro;* más abajo las *de allí á poco* han sido sustituidas con el *segundo dia.*

87 *P. 182, l. 4.*

«Animales *indómitos y feroces.*»

Estos dos adjetivos parecen más acomodables á toros que los de *inmundos y soeces*, impresos en la primera edicion. *Inmundos* se llama con mayor propiedad á los puercos en el capítulo de la cerdosa aventura.

88 *P.* 186, *l.* 24 *y* 25.

«Su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla *toda su vida* y sin *hacerle tuerto alguno.*»

La primera edicion : «Su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla *con suavidad* y sin *hacerse fuerza alguna.*»

Si *firmeza*, segun parece, vale aquí tanto como *fidelidad*, va con ella bien el verbo *guardarla;* pero disuena un tanto lo de «guardar firmeza *con suavidad*», y más aún lo de *sin hacerse fuerza alguna*, pues no se trataba de que Don Quijote amase á Dulcinea violentado. Por esto se imprime aquí *toda su vida*, en lugar de *con suavidad*, sacando de esta voz el posesivo *su* y el sustantivo *vida*, y trocando el de *fuerza* en *tuerto*, esto es, *agravio*.

89 *P.* 187, *l.* 11, 12 *y* 13, *contando desde la última de la plana.*

«Dice que la mujer de Sancho Panza... se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza.»

Cuando aquí sostiene Cervántes que el nombre de la mujer de Sancho es *Teresa*, lo que se debe creer es que así lo escribiria en su manuscrito, pero mal ó en abreviatura, de modo, en fin, que no lo entendieron, y fué equivocado. *Juana* y *Mari Gutierrez* se llama en la Primera Parte de nuestro libro á la esposa de Sancho, con esta diferencia : que el nombre de *Mari Gutierrez* se halla en el *Quijote* sola una vez, y el de *Juana* aparece cuatro. Si el falso Avellaneda, continuador del *Quijote*, hubiese adoptado el nombre de *Juana*, Cervántes no se hubiera podido quejar, pues no estaba obligado nadie á conocer si un nombre de invencion ha sido equivocado en la imprenta ; pero tuvo razon de extrañar que prefiriese Avellaneda entre ambos nombres el ménos usado.

¿Por qué sería esto? Como el tal Avellaneda era amigo de Lope; como la mujer de Lope, en segundas nupcias, fué doña *Juana* Guardio, hija de un tratante en carnes, á lo que se dice, aquel nombre de *Juana Panza*, que se podia interpretar como *Juana Mondongo*, quizá pareció mal á la dicha señora y á los amigos de su esposo; quizá, como Cervántes y Lope andaban desavenidos, hubo quien viera en aquel nombre con tal apellido alguna alusion (ú ocasion para que los lectores la hiciesen) al oficio de Guardio, vendedor de carnes y de *panzas* con ellas; y por sí ó por no, Avellaneda desechó el nombre de *Juana*, y adoptó el de *Marta*. Quizá tambien, por consideracion á la esposa de Lope, bien que ya difunta, cambió luego Cervántes en el de *Teresa* el nombre de *Juana*.

90 *P.* 192, *l.* 12 *y* 13.

«Iba y venia con el pensamiento por mil *sucesos y* lugares.»

Las demas ediciones: «Mil *géneros* de lugares.»

«Bastara con que fueran *mil* los *lugares*, sin que llegasen á tantos sus *géneros*.» (Clemencin.)

91 *P.* 195, *l.* 4.

«Al primer albor.»

Primera edicion: «Al *parecer*.»

En las ediciones modernas se ha corregido: «Al *amanecer*;» pero á continuacion se lee: «Ya en esto *amanecia*.»

92 *P.* 196, *l.* 7.

«Algun cruel *Busíris*.»

Texto ordinario: «Algun cruel *Osíris*.»

93 *P.* 196, *l.* 1 *y* 2 *del último párrafo.*

«La *confianza* de Don Quijote.»

Confianza ó *entereza* parecen voces más adecuadas al caso presente, que la de *enfermedad*, impresa en la primera edicion.

94 *P. 201, l. 13 y 14, contando desde la postrera.*

«Mejór esposo y más *seguro.*»

En las otras ediciones : «Mejor esposo y más *eterno.*»

95 *P. 203, l. 6.*

«Llegó en esto *uno* de aquellos escuderos.»

Edicion primera : «Llegó en esto uno *ó algunos* de aquellos escuderos.»

No hay duda que debe imprimirse *uno*, porque se lee más abajo : «y *éste* dijo...» Probablemente en el borrador de Cervántes, no muy claro aquí, habria una repeticion de las que fácilmente se escapan á cuantos escriben de prisa : *uno de aquellos de aquellos.* El primer *aquellos* hubo de ser convertido en *algunos*, y la *ó* en *de.*

96 *P. 208, l. 1 y 2.*

«Que era el de *la Degollacion de* San Juan Bautista.»

Las demas ediciones : «Que era *el de* San Juan Bautista.»

¡Cuánto se le ha dicho á Cervántes por esta expresion! ¡San Juan despues de Julio! ¡despues del 16 de Agosto! ¡Qué anacronismo! Con todo, véase el calendario, y á 29 de Agosto se hallará *La Degollacion de San Juan.* Repárese luego que Don Quijote entró en Barcelona en un dia de San Juan, que era viérnes (V. la página 215 de este tomo); recuérdese que fué la entrada en Agosto de 1614, y añádase á esto que la Natividad de San Juan Bautista cayó el año de 1614 en mártes, y la Degollacion en viérnes : con tales fundamentos, parece indudable que en este capítulo se refirió Cervántes al dia de la Degollacion, y no al de la Natividad del Bautista. Se dirá que en la página 212 de este mismo tomo, líneas 2 y 3 del segundo párrafo, se declara que era dia *festivo*, y el de la Degollacion no lo es. Lo ha sido en Cuenca, para la parroquia de San Juan á lo ménos; lo es aún solemnísimo en los pueblos de Arganza (diócesis de Osma), de Lomeña (diócesis de Leon), y Aldeonte (diócesis de Segovia). Pudo Cer-

vántes, con estos ó con otros antecedentes, suponer que era tambien en Barcelona dia festivo (lo cual no es lo mismo que *fiesta de guardar*), y mucho más cuando hay en Barcelona una iglesia de San Juan, propia de esta ínclita Órden, á cuyos caballeros habria probablemente visto Cervántes celebrar con algun género de *fiesta* el dia 29 de Agosto. Por no poner al pié de la página 208 esta larga nota, hemos intercalado en el texto las palabras *la Degollacion de*. No son de Cervántes; pero con ellas se expresa lo que Cervántes quiso decir, y sin ellas no.

97 *P. 208, l. 5 y 6, contando desde la última de la plana.*

«*Casi* todos se servian de pedreñales.»

Texto usual: «*Todos* se servian de pedreñales.»

Otra de las muchas cosas que no escribió, ó por lo ménos que no pensó Cervántes. Acaba de decir que los bandoleros traian arcabuces, aunque eran pocos, y en seguida le imprimen que *todos* se servian de pedreñales. Serian los más, serian *casi todos*; pero algunos habia que llevaban arcabuces, y con ánimo de servirse de ellos, cuando tenian continuamente encendidas las cuerdas.

98 *P. 209, líneas antepenúltima y penúltima del párrafo de enmedio.*

«Con un rostro mayor que *el cerco* de una rodela.»

Primera edicion: «Con un rostro mayor que *el de* una rodela.»

Parece que se debe leer *mayor que una rodela*, ó *mayor que el cerco de una rodela*; pero no lo que trae la primera edicion, porque no es propio y peculiar de la rodela, como ya lo advirtió el señor Clemencin, el tener *un rostro*.

99 *P. 210, l. 13 y 14.*

«Parece que *reian*, infundiendo y engendrando gusto.»

Las demas ediciones: «Parece que *iban* infundiendo y engendrando gusto.»

100 *P.* 214. *l.* 2.

«Diez *y siete* dias.»

Texto usual: «*Diez* dias »

101 *P.* 217, *línea última*, *y p.* 218, *l.* 1.

«Fué tanta la *priesa* que los muchachos y toda la gente *tenia* leyendo el rétulo...»

La *priesa* ¿seria *risa?* Entónces *tenia* debiera ser *traia*.

102 *P.* 218, *l.* 11 *y* 12.

«Con ser muy *honradas*, eran algo descompuestas.»

Primera edicion: «Con ser muy *honestas*, eran algo descompuestas.»

103 *P.* 225, *hácia el medio.*

«¿Ha hallado en *ese su libro* alguna vez *nombrada la pignata?*»

Texto corriente: «¿Ha hallado en *su escritura* alguna vez *nombrar piñata?*»

Parece que Cervántes no escribiria *hallado nombrar*, como no fuese por involuntaria distraccion: y el traductor á quien se hace la pregunta no hallaria la voz *piñata* cuando *escribia*, sino cuando leia su original, que debió ser impreso. Las palabras *ha hallado nombrar* pueden traducirse por *hallado que se nombre;* mas teniendo aquí el vocablo *escritura*, que es equivocacion evidente, puédese creer que tambien son erratas los dos verbos entre los cuales está colocado.

104 *P.* 226, *l.* 7 *y siguientes.*

«Traducir... como sea de las... lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices... por el reves... y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion.»

Creo que se debe leer este trozo sin la negacion que traen las demas ediciones, donde hay un *no* despues del primer *como*. Cervántes quiso decir, á mi parecer, que las traducciones del italiano y otras lenguas vivas, hechas en España hasta entónces, no eran de mérito grande por lo comun, y

que traducir del latin y el griego, por más que fuese meritorio, no solia dar buen resultado.

105 *P. 226, línea penúltima del penúltimo párrafo.*

« A *diez* reales.»

Texto usual : «A *seis* reales.»

Clemencin : « Siendo el precio de los dos mil ejemplares, de que aquí se habla, doce mil reales, no podia ser de *once mil* por lo ménos, como se dice más arriba, la ganancia que habia de producir su publicacion, pues para ello era menester que fuesen casi nulos los gastos de ésta.»

106 *P. 228, último párrafo.*

« El Cuatralvo estaba *alegrísimo* de su buena *ventura*, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho. Apénas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda.»

Primera edicion : « El Cuatralvo, *que* estaba avisado de su buena *venida*, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho, apénas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda.»

En este trozo *el Cuatralvo* principia y no concluye oracion: lo que hemos impreso, á lo ménos ofrece sentido. En nuestra edicion grande se lee : « El Cuatralvo, que estaba avisado, *deseaba* la venida, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho.» Nos parece que se ha de acercar esto más á lo que Cervántes habria escrito.

107 *P. 229, al medio.*

« Don Quijote de la Mancha, *tipo* y señal que nos muestra...»

Las demas ediciones : « Don Quijote de la Mancha, *tiempo* y señal que nos muestra...»

108 *P. 229, línea antepenúltima.*

«Junto al *espaldar.*» Léase : « Junto al *esvalder.*»

109 *P. 230, l. 2.*

«Le fué alzando y volteando.»

Las demas ediciones : «Le fué *dando* y volteando.»

110 *P. 232, l. 13.*

« Por no *incitar* á enojo.»

Texto corriente : «Por no *irritar* á enojo.»

111 *P. 232, l. 19.*

« Con *otros* doce.»

Así las ediciones modernas; la primera dice : « Con *estos* doce.» No se los ha nombrado ántes : creo que no se debe leer ni *estos doce* ni *otros* doce, sino *el arráez*.

112 *P. 238, l. 6.*

«*Correr* esta costa.»

Texto ordinario : « *Barrer* esta costa.»

113 *P. 238, l. 1, 2 y 3 de la primera division de párrafo.*

«Anoche descubrimos esta playa, y *hoy*... fuimos descubiertos.»

Primera edicion : «Anoche descubrimos esta playa, y... fuimos descubiertos.»

Sin el *hoy* parece que habian sido vistos de la atalaya en la noche anterior, y no fué así.

114 *P. 238, casi al fin del párrafo de enmedio.*

«*Causante* de la culpa.»

Texto comun : «*Culpante* de la culpa.»

Participante ó *cómplice* seria quizá mejor.

115 *P. 238, l. 3 del último párrafo.*

« De la *moza*.»

Texto comun : «De la *mora*.»

Ana Félix no era *mora*, sino *cristiana*, bien que *morisca* de nacimiento.

116 *P. 241, líneas penúltima y última del segundo párrafo del capítulo.*

«Como habia hecho don Gaiféros *con* su esposa Melisendra.»

Primera edicion : «Como habia hecho... *á* su esposa.»

117 *P. 246, l. 10, contando desde el fin.*

«Sus nuevas *proezas.*»

Las demas ediciones : «Sus nuevas *promesas.*»

118 *P. 247, l. 10 y 11, contando de abajo arriba.*

«Y entre *de* los que más se la han tenido, *uno* he sido yo.»

Léase : «*entre los.*» Falta en la primera edicion el numeral *uno.*

119 *P. 251, l. 12.*

«Un cautivo que *sacó* consigo.»

Texto comun : «Que *salió* consigo.»

«*Salió* debe ser errata, por *sacó.*» (Clemencin.)

120 *P. 255, l. 8.*

«Cumpliendo la (palabra) que dí de mi *retirada.*»

Primera edicion : «De mi *promesa.*»

121 *P. 265, l. 7 y 8, contando desde la última de la plana.*

«Todos ó los más *de su oficio* son guitarristas y copleros.»

No se hallan en la primera edicion las palabras *de su oficio*, que parecen indispensables en esta cláusula.

122 *P. 266, l. 5 y siguientes.*

«Puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso.»

Pudiérase imprimir *granjeármela*, y ganaria algo en exactitud la expresion; pero no hay mucha necesidad tampoco de esta variante.

123 *P. 270, líneas penúltima y última del segundo párrafo.*

«Aquellos **soeces** y descomedidos puercos.»

Las demas ediciones : «Aquellos **señores** y descomedidos puercos.»

Quien los habia llamado ántes **animales inmundos**, no los llamaria **señores** despues.

124 *P. 270, al fin.*

«Y le **hocen** puercos.»

Texto ordinario : «Y le **hollen** puercos.»

Huellen ú **hocen** escribiria Cervántes, y no **hollen**.

125 *P. 272, versos 5 y 6.*

«Así el vivir me mata,
Y la muerte me torna á dar la vida.»

Las demas ediciones traen **que** en lugar de **y**.

126 *P. 272, l. 10 y 11.*

«Como aquel cuyo corazon **gemia** traspasado.»

Las demas ediciones : «Cuyo corazon **tenia** traspasado.»

127 *P. 277, al medio.*

«Sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y **con** doce pellizcos y seis alfilerazos **sus** brazos y lomos.»

Primera edicion : «Sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos, brazos y lomos.»

Las ediciones modernas traen : «Sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos **en** brazos y lomos.»

Quizá seria lo mejor, alterando el órden, emplear solas y todas las palabras que trae la primera edicion aquí, dándoles la forma siguiente : «Sellad el rostro, **brazos y lomos** de Sancho con veinte y cuatro mamonas y doce pellizcos y seis alfilerazos.»

128 *P. 279, línea primera.*

«Ménos cortesía y ménos muda, señora dueña.»

Las demas ediciones : « Ménos cortesía, ménos *mudas*.»

Parece que escribiria Cervántes la conjuncion *y*, poniendo en singular el sustantivo que sigue al adverbio *ménos*, porque, segun lo que se lee despues, la expresion de Sancho debe de significar esto : «Señora dueña, ménos reverencia quisiera yo, *y* que usara ménos vinagrillo de olor en esas manos con que me ha sobado la cara.» *Muda* era un afeite mujeril quo se usaba en la época de Cervántes.

129 *P. 280, l. 3 y 4 del último párrafo.*

« Le volviesen su caperuza y le quitasen la ropa de las llamas.»

La primera edicion : «Le volviesen su caperuza *y le pusiesen el sayo*, y le quitasen la ropa de las llamas.»

No se ha dicho ántes que hubiesen quitado á Sancho su sayo. O se deben suprimir aquí esas cinco dicciones, ó en el segundo párrafo de la página 275 se debe leer : « Salió.... un ministro, y llegándose á Sancho, *le quitó el sayo* », etc.

130 *P. 281, al medio.*

« *Cuando*.»

Texto corriente : « *Como*.»

131 *P. 284, casi al medio.*

«No estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de *dos*, los cuales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia, y *no* la gana de levantarse, *aunque* las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á Don Quijote.»

En la primera edicion, despues del numeral *dos* ocurre otra vez el adjetivo *tontos ;* despues de *les tomó el dia*, sigue *y la gana de levantarse*, y tras este verbo y su afijo, la partícula *que* en sentido causal de *por que*. Dejando los *tontos* á un lado

(¡venturoso quien puede hacerlo!), conviene advertir que resulta contradiccion entre lo que da de sí la cláusula arriba inserta, y lo que se refiere despues: apénas se ha dicho que *les tomó la gana de levantarse* y que Don Quijote no gustaba de estarse mucho tiempo en la cama, vienen á visitarle y le hallan en ella Altisidora, los Duques y el músico: claro es que Cervántes hubo de querer expresar en el caso presente que aquel dia, á pesar de ser Don Quijote madrugador, se levantaron primero que él los amos de la casa y otras personas. Hay, pues, que admitir el *no* y *aunque* donde van colocados, por la razon que dejamos expuesta, y porque se le puede añadir otra quizá de más peso. *Durmiendo* Sancho *á sueño suelto*, como se dice, mal pudo tomarle *la gana de levantarse* miéntras no despertara.

132 *P.* 285, *l.* 8 *y* 9.

«Reventó mi alma por mi *sentimiento*.»

Primera edicion: «Por mi *silencio*.»

Cervántes no escribiria *silencio* en este lugar. Altisidora no ha callado su amor; lo ha cantado y hablado. Ahora mismo acaba de decir que ha dado *noticia de sus secretos en público*. *Sentimiento* hemos estampado en vez de *silencio;* no obstante, acaso nuestro autor pondria en el manuscrito: «Reventó mi amor por mi *sentido*, *y perdí la vida*.»

133 *P.* 291, *l.* 3 *y* 4.

«Dijo *un dia* á su amo.»

No están en la primera edicion las palabras *un dia;* pero leyendo sin ellas el texto, se creerá que la conversacion de Don Quijote y Sancho que sigue, fué inmediatamente despues de salir del castillo del Duque. Hubo de ser algunos dias despues, porque ya cuando la tuvieron les faltaban sólo tres jornadas para llegar á Argamasilla.

134 *P.* 292, *líneas primera y siguientes del párrafo tercero.*

«Ellos... son tres mil y trecientos *azotes:* de ellos me he

dado hasta cinco, quedan los demas: entren *en la cuenta* estos cinco.»

Primera edicion : « Ellos... son tres mil y trecientos *y tantos*; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demas : entren *entre los tantos* estos cinco.»

No hay razon para que dijera Sancho que los azotes que se habia de dar eran más de tres mil y trescientos, ni podia Don Quijote haber olvidado el número, para dejar sin rectificacion el error ó malicia de su escudero. Si éste queria que le fuesen pagados los cinco azotes que se habia dado ya, cou pedir que entraran en cuenta lograba su objeto.

135 *P. 293, al medio.*

« Jamas ajustan *con el tiempo* la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos *lozanos* árboles...»

Primera edicion : « Jamas *ajustan la cuenta* de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos *amenos* árboles...»

Ajustar la cuenta de los deseos, no añadiendo *con el tiempo, con el reloj*, ó cosa asi, querria decir *sumarlos*, no andar con impaciencia hasta verlos cumplidos. En lugar de *amenos* se ha impreso *lozanos*, voz que acaba en *nos*, y parece más propia de *árboles*.

136 *P. 298, principio del capítulo.*

«*Casi* todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar.»

Dicen las demas ediciones : «*Todo* aquel dia.»

No fué asi, como el Sr. Clemencin lo advirtió : Don Quijote y Sancho continuaron su camino aquella misma tarde. Mejor seria leer : «*Toda la mañana*, esperando la *tarde*, estuvieron en aquel lugar Don Quijote y Sancho.»

137 *P. 310, líneas primera y siguientes del último párrafo.*

«Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, *el aire, la lluvia y los lodos*?»

Las demas ediciones : «Y ¿ podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano , los serenos del invierno, *el aullido de los lobos?*»

Parece que se trata de encarecer las inclemencias del tiempo , y que por lo mismo no es oportuno lo del *aullido de los lobos*. Ni el *aullido* es lo que de los lobos hay más que temer, ni tampoco es buena locucion la de *pasar aullidos*. Yerro de copia hubo de haber aquí.

138 *P. 313, l. 5 y 6, contando desde la última de la plana.*

«Ya conozco mi necedad y el peligro en que me *puse con* haberlas leido.»

La primera edicion : «En que me *pusieron* haberlas leido.»

139 *P. 314, l. 12 y 13.*

«*Óiganme* un confesor que me confiese , y un escribano que haga mi testamento.»

No se debe reimprimir *tráiganme*, como se lee en la primera edicion , porque estaba presente el Cura , á quien acto continuo rogó Don Quijote que le oyera de confesion , y lo hizo.

140 *P. 319, líneas penúltima y última.*

«Imposibilitado de hacer Tercera *Parte* y salida nueva.»

Las demas ediciones : «Tercera *jornada* y salida nueva.»

Tercera Parte escribiria Cervántes , no *tercera* jornada : tres *jornadas*, en sentido de *salidas*, llevaba hechas ya Don Quijote, y habian sido contadas en dos libros ó partes.

FIN DE LAS NOTAS AL TOMO CUARTO.

APENDICES.

NÚMERO 1.

Epístola que se halla, entre varios manuscritos curiosos, en el Archivo del Excmo. Sr. Conde de Altamira. Es copia de buena letra: se imprime con la ortografía del manuscrito.

DE MIGUEL DE CERUANTE, CAPTIUO: A. M. VAZQUEZ MI SR.

Si el baxo son de la çampoña mia,
Señor, a vro. oydo no ha llegado
en tiempo que sonar mejor deuia,
No ha sido por la .alta de cuydado,
sino por sobra del que me ha traydo
por estraños caminos desuiado.
Tambien por no adquirirme de attreuido
el nombre odioso, la cansada mano
a encubierto las faltas del sentido.
Mas ya que el valor vio sobre humano
de quien tiene noticia todo el suelo,
la graciosa altivez, el trato llano
Anichilan el miedo y el recelo,
que ha tenido hasta aqui mi humilde pluma,
de no quereros descubrir su buelo.
De vra. alta bondad y virtud summa
diré lo ménos, que lo más, no siento
quien de cerrarlo en verso se presuma.
Aquel que os mira en el subido assiento
do el humano fauor puede encumbrarse,
y que no cessa el fauorable viento,
Y él se vé entre las ondas anegarse
del mar de la priuança, do procura
o por *fas* ó por *nefas* leuantarse,

¿Quién dubda que no dize: «La ventura
ha dado en leuantar este mancebo
hasta ponerle en la mas alta altura?
Ayer le vimos inexperto y nueuo
en las cosas que agora mide y trata
tan bien, que tengo embidia y las apprueuo.»
Desta manera se congoxa y mata
el embidioso, que la gloria agena
le destruye, marchita y desbarata.
Pero aquel que con mente mas serena
contempla vro. trato y vida honrrosa,
y el alma dentro de virtudes llena,
No la inconstante rueda presurosa
de la falsa fortuna, suerte, o, hado,
signo, ventura, estrella, ni otra cosa,
Dize q. es causa que en el buen estado
que agora posseeis os aya puesto
con esperança de mas alto grado,
Mas solo el modo del viuir honesto,
la virtud escogida que se muestra
en vras. obras y apazible gesto.
Esta dize, Señor, que os da su diestra
y os tiene assido con sus fuertes laços
y a mas y a mas subir siempre os adiestra.
¡O sanctos, o, agradables dulces braços
de la sancta virtud, alma y diuina,
y sancto quien recibe sus abraços!
Quien con tal guia como vos camina,
¿de qué se admira el ciego vulgo baxo
si a la silla mas alta se auezina?
Y puesto que no ay cosa sin trabajo,
quien va sin la virtud va por rodeo,
y el que la lleua va por el attajo.
Si no me engaña la experiençia, creo
que se vee mucha gente fatigada
de vn solo pensamiento y un desseo.
Pretenden mas de dos llaue dorada,
muchos un mesmo cargo, y quien aspira
á la fidelidad de vna embaxada.
Cada qual por si mesmo al blanco tira
do assestan otros mill, y solo es vno
cuya saeta dio do fue la mira.
Y este quiça q. a nadie fué importuno
ni a la soberbia puerta del priuado

se hallo, despues de visperas, ayuno,
Ni dió ni tuuo a quien pedir prestado,
solo con la virtud se entretenia,
y en Dios y en ella estaua confiado.
Vos sois, Sr. por quien dezir podria
(y lo digo y dire sin estar mudo)
que sola la virtud fue vra. guia,
Y que ella sola fue bastante, y pudo
leuantaros al bien do estais agora,
priuado humilde, de ambicion desnudo.
¡ Dichosa y felizissima la hora
donde tuuo el real conoscimiento
notiçia del valor que anida y mora
En vro. reposado entendimiento,
cuya fidelidad, cuyo secreto
es de vras. virtudes el cimiento!
Por la senda y camino mas perfeto
van vros. piés, que es la que el medio tiene,
y la que alaba el seso mas discreto.
Quien por ella camina, vemos viene
á aquel dulce suaue paradero
que la felizidad en si contiene.
Yo que el camino mas baxo y grosero
he caminado en fria noche escura,
he dado en manos del atolladero;
Y en la esquiua prision, amarga y dura,
adonde agora quedo, estoy llorando
mi corta infelizissima ventura,
Con quexas tierra y cielo importunando,
con sospiros al ayre escuresciendo,
con lágrimas el mar accrescentando.
Vida es esta, Sr. do estoy muriendo,
entre bárbara gente descreida
la mal lograda juuentud perdiendo.
No fué la causa aqui de mi venida
andar vagando por el mundo a caso
con la verguença y la razon perdida.
Diez años ha que tiendo y mudo el passo
en seruiçio del gran Philippo nro.,
ya con descanso, ya cansado y laso;
Y en el dichoso dia que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada,
quanto á la nra. fauorable y diestro,
De temor y de esfuerço acompañada,

presente estuuo mi persona al hecho,
mas de sperança que de hierro armada.
  Vi el formado esquadron roto y deshecho,
y de barbara gente y de christiana
roxo en mill partes de Neptuno el lecho,
  La muerte ayrada con su furia insana
aqui y alli con priessa discurriendo,
mostrandose á quien tarda á quien temprana,
  El son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iuan muriendo,
  Los profundos sospiros lamentables,
que los heridos pechos despedian,
maldiciendo sus hados detestables.
  Eloseles la sangre que tenian,
quando en el son de la trompeta nra.
su daño y nra. gloria conoscian.
  Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire claro, el son mostraua
ser vencedora la christiana diestra.
  A esta dulce sazon yo, triste, estaua
con la una mano de la espada assida,
y sangre de la otra derramaua.
  El pecho mio de profunda berida
sentia llagado, y la siniestra mano
estaua por mill partes ya rompida.
  Pero el contento fué tan soberano,
q. á mi alma llegó viendo vençido
el crudo pueblo infiel por el christiano,
  Que no echaua de ver si estaua herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento,
que á veces me quitó todo el sentido.
  Y en mi propia cabeça el escarmiento
no me pudo estornar que el segundo año
no me pusiesse á discreçion del viento,
  Y al bárbaro, medroso, pueblo estraño,
vi recogido, triste, amedrentado,
y con causa temiendo de su daño.
  Y al Reino tan antiguo y celebrado,
á do la hermosa Dido fué vendida
al querer del troyano desterrado,
  Tambien, vertiendo sangre aun la herida,
mayor con otras dos, quise ir y hallarme,
por ver ir la morisma de vencida.

Dios sabe si quisiera alli quedarme
con los que alli quedaron esforçados,
y perderme con ellos o ganarme;
Pero mis cortos implacables hados
en tan honrrosa empresa no quisieron
q. acabase la vida y los cuydados;
Y al fin, por los cabellos me truxeron
á ser vencido por la valentia
de aquellos que despues no la tuuieron.
En la galera *Sol*, que escurescia
mi ventura su luz, á pesar mio
fue la pérdida de otros y la mia.
Valor mostramos al principio y brio,
pero despues, con la experiençia amarga,
conoscimos ser todo desuario.
Senti de ageno yugo la gran carga,
y en las manos sacrilegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.
Bien se que mis maldades infinitas
y la poca atricion que en mi se encierra
me tiene entre estos falsos Ismaelitas. (1)
Quando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, q. en su seno
tantos piratas cubre, acoge, y cierra,
No pude al llanto detener el freno,
que á mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrescióse á mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Cárlos tuuo
leuantada en el ayre su vandera,
Y el mar que tanto esfuerço no sostuuo,
pues mouido de embidia de su gloria,
ayrado entonces mas q. nunca estuuo.
Estas cosas boluiendo en mi memoria,
las lágrimas truxeron á los ojos,
mouidas de desgraçia tan notoria.
Pero si el alto Cielo en darme enojos
no esta con mi ventura conjurado,
y aqui no lleua muerte mis despojos,
Quando me vea en mas alegre estado,

(1) Los versos que siguen hasta el fin de la epistola se hallan en la comedia de Cervántes titulada *El Trato de Argel*, en boca de SAAVEDRA. Con esto se prueba que es de Cervántes la epistola, y que Saavedra es él.

si vra. Intercession, Sr. me ayuda
a verme ante Philippo arrodillado,
  Mi lengua balbuziente y quasi muda
pienso mouer en la Real presencia,
de adulacion y de mentir desnuda,
  Diciendo : « Alto Sr., cuya potencia
sugetas trae mill barbaras Naciones
al desabrido yugo de obediencia,
  A quien los Negros Indios con sus dones
reconoscen honesto vassallage,
trayendo el oro acá de sus rincones :
  Despierte en tu Real pecho el gran coraje
la gran soberbia con que una vicoca
aspira de contino á hazerte vltraje.
  La gente es mucha, mas su fuerça es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte muro o roca.
  Cada vno mira si tu armada viene,
para dar á sus pies el cargo y cura
de conseruar la vida que sostiene.
  Del'amarga prision triste y escura,
adonde mueren veinte mill christianos,
tienes la llave de su cerradura.
  Todos (qual yo) de alla, puestas las manos,
las rodillas por tierra, solloçando
cercados de tormentos inhumanos,
  Valeroso Señor, te están rogando
bueluas los ojos de misericordia
á los suyos que están siempre llorando.
  Y pues te dexa agora la discordia,
que hasta aqui te ha opprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia;
  Haz, o buen Rey, q. sea por ti acabado
lo que con tanta audaçia y valor tanto
fue por tu amado padre començado.
  Solo el pensar que vas pondrá vn espanto
en la enemiga gente, que adeuino
ya desde aqui su pérdida y quebranto.»
  ¿Quién dubda q. el Real pecho begnino
no se muestre, escuchando la tristeza
en que estan estos miseros contino?
  Bien paresce q. muestro la flaqza.
de mi tan torpe ingenio, q. pretende
hablar tan baxo ante tan alta Alteza;

Pero el justo desseo la defiende...
mas á todo silencio poner quiero;
que temo q. mi pluma ya os offende,
y al trabajo me llaman donde muero.

NÚMERO 2.

Debemos al Ilmo. Sr. D. A. Ripa de Meana, Director de la biblioteca de S. A R. el Duque de Génova, la curiosa noticia de que en la citada biblioteca se halla un manuscrito que contiene al principio dos sonetos de Cervántes inéditos, dirigidos á un Bartolomé Ruffino de Chambery, cautivo en Argel, autor de un escrito *Sopra la desolatione della Goletta e Forte di Tunisi,* con dedicatoria, fecha en 3 de Febrero de 1577. Los sonetos son los siguientes:

SONETO DE MIGUEL DE CERVÁNTES, GENTILHOMBRE ESPAÑOL, EN LOOR DEL AUTHOR.

¡O quan claras señales habeis dado,
alto Bartholomeo de Rufino,
que de Parnaso y Ménalo el camino
haueis dichosamente paseado!
Del siempre verde lauro coronado
sereis, (si yo no soy mal adiuino)
si ya vra. fortuna y cruel destino
os saca de tan triste y baxo estado;
Pues libre de cadenas vuestra mano
(reposando el ingenio) al alta cumbre
os podeis leuantar seguramente;
Oscureciendo al gran Liuio romano,
dando de vuestras obras tanta lumbre,
que bien merezca el lauro vra. frente.

Del mismo, en alabanza de la presente obra.

Si ansí como de nuestro mal se canta,
en esta verdadera, clara historia,
se oyera de cristianos la victoria,
¿qual fuera el fruto desta rica planta?
Ansí cual es al cielo se leuanta,
y es digna de inmortal, larga memoria,
pues libre de algun vicio y baja escoria,
al alto ingenio admira, al baxo espanta.
Verdad, órden, estilo claro y llano,
qual á perfecto historiador conviene,
en esta breue summa está cifrado.
¡Felice yngenio, venturosa mano,
que entre pesados yerros apretado,
tal arte y tal virtud en si contiene!

FIN DE LOS APÉNDICES.

INDICE.

Pag.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura. 1

CAPÍTULO XLII.

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien consideradas. 14

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza. 21

CAPÍTULO XLIV.

Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote. 29

CAPÍTULO XLV.

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar. 41

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora. 51

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno. 56

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodriguez,

Pág.

la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna. 68

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula. 79

CAPÍTULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza. 94

CAPÍTULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos. 106

CAPÍTULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez. 117

CAPÍTULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza. 126

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna. 134

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver. 144

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez. . . . 154

CAPÍTULO LVII.

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa. 169

Pág.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras. . . 165

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote. . . 181

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona. . . 191

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto. 208

CAPÍTULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse. . . . 212

CAPÍTULO LXIII.

Del mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca. 228

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entónces le habían sucedido. 241

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos. . . . 247

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer. 254

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos. 261

Pág.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote. 267

CAPÍTULO LXIX.

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote. . . 274

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia. 281

CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea. 290

CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea. . . 298

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia. 305

CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte. 311

NOTAS Y APÉNDICES. 321

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.

ALBACETE.

Peral (Sr. D. Valerio).

ALICANTE.

Mergelma, Marqués de Colomer (Sr. D. Joaquin).

BADAJOZ.

Monsalud (Sra. Marquesa de).

BARCELONA.

Amadis (Sr. D. Eugenio).
Amengual (D. Estéban).
Bordeje (D. Hilarion).
Buxeres (D. Antonio).
Buxeres y Abad (D. Luis).
Campaner y Fuertes (D. Álvaro).
Cassi y Lopez (D. Mariano).
Catalan (El Ateneo).
Corrales y Peralta (D. Fernando).
Cortés (D. Juan).
Freixas (D. Francisco de).
Gorchs (D. Tomás).
Martí y de Cardeñas (D. José de).

Marxuach y Cruxent (D. Francisco).
Masriera (D. José).
Matiol (D. Pascual).
Mora (D. Máximo).
Pí y Molist (D. Emilio).
Puig y Arnell (D. José).
Puig y Arnell (D. Pedro).
Recuerdo (El).
Salamó (D. Mariano de).
Saurí (D. Manuel), por seis ejemplares.
Torrens (D. Epifanio).
Vidal Ramon (D. Manuel).

CÁDIZ.

Barquin (Sr. D. Francisco).
Butron y Parra (D. José).
Carrera (D. Enrique).
Conte (D. Augusto).
Conte (D. Francisco Augusto).
Conte (D. José María).
Delgado (D. José).
Diaz y Martinez (D. Juan José).
Hurtado (D. Manuel).
Ibañez (D. Pedro).
Jimenez (D. Cárlos).
Muñiz (D. Enrique).
Pacheco y Colás (D. Joaquin).
Pardo de Figueroa (D. Mariano).
Rosetty (D. José).
Sendras (D. Antonio).
Velez (D. Manuel).

CIUDAD REAL.

Acedo Rico y Maldonado (Sr. D. Juan).
Alarcon y Garay (D. Juan Manuel).
Alcolea (El Ayuntamiento de).
Almaden (El Ayuntamiento de).

Almagro y García (D. Miguel).
Alvarez (D. Jonás).
Alvarez de Lara (D. Inocente).
Añover (D. Manuel).
Arce (D. Leopoldo E. de).
Arenas de San Juan (El Ayuntamiento de).
Arroba (El Ayuntamiento de).
Ballesteros (El Ayuntamiento de).
Bayarri (D. Pascual).
Belmonte (D. Juan).
Cabezas de Herrera (D. José).
Calatrava (El Ayuntamiento de).
Caminero (D. Antonio).
Caminero (D. Juan).
Caracuel (El Ayuntamiento de).
Carranza (D. Eduardo).
Carrion (El Ayuntamiento de).
Castells y de Bassols (D. José de).
Cedillo (Conde de).
Cervigon (D. Mariano).
Cisneros (D. Enrique de).
Ciudad Real (El Instituto provincial de).
Conde (D. Eduardo).
Corchado (D. Felipe).
Córdoba (D. José María).
Chillon (El Ayuntamiento de).
Daimiel (El Ayuntamiento de).
Elola (D. Diego).
Franco (D. Antonio).
Franco (D. Pedro).
Frias y Añover (D. Andrés).
García de Marina (D. Cipriano).
García y Jivica (D. Manuel).
Gimeno (D. Julian).
Herencia (El Ayuntamiento de).

Ibarrola (D. Joaquin).
Inza (D. Juan).
Iznardi (D. Emilio).
Jaraba (D. Gabriel).
Langa (D. Manuel).
Lopez (D. Genaro).
Lopez de Lerma (D. José).
Lopez Pelaez (D. Pedro).
Maestre (D. José Domingo).
Malagon y Almodóvar (D. Santiago).
Maldonado (D. José).
Manresa (D. Pascual).
Manzanares (El Ayuntamiento de).
Mañas y García (D. Anselmo).
Martinez Dumas (D. Antolin).
Martinez Indo (D. Valentin).
Miguelturra (El Ayuntamiento de).
Millan y Jareño (D. Antonio).
Millan y Jareño (D. Santiago).
Molero (D. Estéban).
Montalban (D. José).
Montalban y Dotor (D. Cándido).
Montiel (El Ayuntamiento de).
Moral (D. Francisco).
Mora y Guiluz (D. Vicente de).
Mulleras (D. Bernardo).
Muñoz (D. Pedro María).
Ojeda (D. Manuel de).
Parra y Chaparro (D. Vicente).
Ramos y Gonzalez (D. Antonio).
Rodriguez (D. Inocente).
Rubisco (D. Cayetano Clemente).
Sanchez (D. Jerónimo).
Sanchez de Ramos (D. Santiago).
Sevillano (D. Cipriano).

Sobrino (D. Hermenegildo).
Socuéllamos (El Ayuntamiento de).
Solana (El Ayuntamiento de).
Tornos (D. Donato de).
Torre (D. José Joaquin de la).
Torres (D. Matías).
Treviño y Medrano (D. Francisco).
Urréjola (D. Luis de).
Vasco (D. Antonio José).
Villarta de San Juan (El Ayuntamiento de).
Villarubia de los Ojos (El Ayuntamiento de).
Viso del Marques (El Ayuntamiento de).

CÓRDOBA.

Cabriñana (Excmo. Sr. Marqués de).
Castillo (Sr. D. Alejandro del).
Romá (D. Ernesto).
Torres-Cabrera (Sr. Conde de).
Vida (D. Rafael de).

LÉRIDA.

Sol (Sr. D. José).
Vidal (D. Francisco).

MADRID.

Alvarez Villaamil (Sr. D. Félix).
Alvarez (D. José Benito).
Alvarez (D. Prudencio).
Arjona (D. Joaquin).
Asenjo Barbieri (D. Francisco).
Barbero (D. Eustaquio).
Barrera y Leirado (D. Cayetano Alberto de la).
Beraud (D. Ángel).
Boada y Valladolid (D. Manuel).
Bosch (D. Mariano).
Bosch y Arroyo (D. Mariano).
Breton de los Herreros (Excmo. Sr. D. Manuel).
Calderon de Campo (D. Lorenzo).

Calleja (D. José Joaquin).
Campillo (D. Toribio del).
Carrasco y Manzano (D. Auro).
Cantolla (D. Máximo de la).
Catalina (D. Severo).
Cobeña y Mejía (D. Rafael).
Compagni (D. Santos).
Cortés y Suaña (D. Luis).
Cuesta y Sanchez (D. Ángel).
Cuesta y Gonzalez Larrinaga (Excmo. Sr. D. Bonifacio de la).
Cuesta (Sra. Viuda é Hijos de D. José).
Cutanda (D. Francisco).
Diarce (D. Lorenzo).
Dorregaray (D. José G.).
Durieu (D. Javier).
Eguizábal (D. José Alfonso).
Escudero de la Peña (D. José María).
Fernandez Corugedo (D. José).
García (D. Luis).
García Morago (D. Francisco).
Gautier (D. Eduardo), por cuatro ejemplares.
Gisbert y Tornel (D. Lope).
Gonzalez Nandin (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Sebastian).
Gutierrez de la Vega (D. José).
Hernandez Lastra (D. Evaristo).
Hidalgo (D. Eduardo).
Huet (D. José María).
Lafuente Alcántara (D. Emilio de).
La Llave (D. Pedro de).
Lamadrid (D.ª Teodora).
Lemming (D. Enrique), por dos ejemplares.
Lúcas (D. Eusebio de).
Manzano y Pastor (D. Fernando).
Mesonero Romanos (D. Ramon de).

Monescillo (Ilmo. Sr. D. Antolin), por dos ejemplares.
Monescillo y Ruiz (D. José).
Montalban (D. Antonio).
Montpensier (Sermo. Sr. Infante Duque de), por cuatro ejemplares.
Morante (Excmo. Sr. Marqués de).
Muntadas (D. Federico).
Nava y Caveda (D. Hilario).
Nuñez de Prado (D. José).
Osés (D. Blas).
Peñalosa (D. Juan Nepomuceno).
Peñaranda y Baillo (D. Antonio de).
Perez Arcas (D. Laureano).
Perez Ollero (D. Tiburcio).
Ponton (Sr. Vizconde del).
Prados (D. Julian Alonso).
Poupart (D. Juan Luis).
Quintana (D.ª Ramona de la).
Rios (D. José Amador de los).
Roche (Excmo. Sr. Conde de).
Sanchez (D. Márcos).
Saenz y Gonzalez (D. Juan).
Saenz de Jubera (D. Agustin).
Safont (D. Manuel).
Saldaña (D. Inocencio).
Samper (D. Manuel).
Sanjurjo (D. Eugenio Alonso).
San Martin (D. Antonio), por diez ejemplares.
Sanz y Barea (D. Antonio).
Serrano de Sicilia (D. Justo).
Sotelo Valledor (D. Joaquin).
Taboada Mondragon (D. José).
Teruel de los Escuderos (D. José Leon).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Tro y Ortolano (D. Juan).

Trompeta y Martin (D. Ildefonso).
Vallarin (D. Fernando).
Velle (Excma. Sra. D.ª Josefa Marin de Perez Seoane, Condesa viuda de).
Vigo (Sr. Conde de).

MÁLAGA.

Carranza y de Echevarría (Sr. D. Juan Antonio de).
Juderias Bender (D. Mariano).
Martinez de Hurtado (D. R.).
Moya y Bache (D. Francisco de), por cuatro ejemplares.
Reina y Muñoz (D. Miguel).
Rueda y Valcárcel (D. Antonio de).
Vaca y Sevilla (D. Manuel).
Vila (D. Benito).

MURCIA.

Pelegrin Rodriguez (Sr. D. Francisco).

ORENSE.

Alfaya (Sr. D. Fernando).

PARÍS.

Denné Schmitz (Sra.), por seis ejemplares.

SEVILLA.

Alava y Urbina (Ilmo. Sr. D. José María de).
Asensio (D. José María).
Collantes de Teran (D. Francisco).
Geofrin (D. José María), por diez ejemplares.
Groizard (D. Alejandro).
Gonzalez de Márcos (D. Francisco).
Jimenez Perujo (D. José).
Lafitte (D. Rafael).
Moreno y Fernandez (D. José).
Rojo Vazquez Franco (D. José María).
Sancho (D. José María de).
Segovia y Ardizone (D. Gonzalo).
Serrano y Sayago (D. José).
Trabado y Fernandez de Landa (D. Juan).

Vega (D. Pedro de).
Vega (D. Ramon).

SANTANDER.

Bustillo (Sr. D. Eduardo).
Cabrero (D. Manuel).
Collado (D. Pedro del).
Cortiguera (D. Eugenio).
Escalante (D. Cornelio).
Fernandez (D. Casiano).
Ferrer y Garcés (D. José).
Gonzalez de Linares (D. Julio).
Lastra Toca (D. Manuel de la).
Leguina (D. Felipe).
Marco Bertorini (D. Camilo).
Martinez (D. Ceferino).
Mould (D. Juan S.).
Pedraja (D. Daniel de la).
Pereda (D. José María).
Regules (D. Salvador).
Salas y Sobargo (D. Agapito).
Salomon (D. Remigio).
Sañudo (D. Prudencio).
Zorrilla del Collado (D. Santos).

SORIA.

Lagüera y Menero (Sr. D. Nicanor).

TARRAGONA.

Reus (El Centro de Lectura de).

VALENCIA.

Blasco (Sr. D. Rafael).
Cavero (D. Antonio María).
Cavero (Dr. D. Juan Sixto).
Daroqui (D. José Jorge).
Faus y Sanchis (D. Gonzalo).
Hernandez y Mañer (D. Vicente).
Monfort (D. Francisco).

Rongier (D. Silvestre).
Valencia (Biblioteca de la Universidad de).

VIZCAYA.

Ozollo (Sr. D. Francisco de).
Rio y Carrion (D. José María del).
Astuy (D. Tiburcio), por nueve ejemplares.

ZARAGOZA.

Fernandez de Navarrete (Sr. D. Francisco).
Lopez Bernues (D. Cárlos).
Ortiz (D. Celestino).
Zaragoza (El Excmo. Ayuntamiento Constitucional de).
Zaragoza (El Casino de).

FIN DE LA LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.





